

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO I — TOMO I

MONTEVIDEO, ENERO 5 DE 1882

NÚMERO 5

El derecho de libre discusion

Y LA PROPAGANDA UNIONISTA DEL DOCTOR DON JUAN C. GOMEZ

POR EL DR. D. PEDRO BUSTAMANTE

(Conferencia leída en el Ateneo del Uruguay)

Señores :

Lo que se ha dicho siempre de la elocuencia y de las letras, — que sólo brillan con todo su esplendor bajo el diáfano cielo de la libertad, — eso mismo cabe decir de la verdad política y de la verdad histórica. Cuando la libertad se eclipsa, la verdad histórica y la verdad política se velan la faz y tórnanse medias verdades ó verdades á medias. Dichosos todavía aquéllos que, forzados á callarlas en parte, al ménos no las desfiguran ó suplantán por la mentira! Dichosos entónces los que saben sentir y pensar algo más que lo que es permitido decir!

En los tiempos que corren, sin que yo lo diga se comprende luego cuánta circunspeccion y mesura habrán de imponerse los amigos de don Juan Carlos Gómez, á poco que quieran tomar cartas por él en el debate suscitado con ocasion de su propaganda unionista. Esa ventaja, entre otras, nos llevan sus adversarios, y aunque por mi parte disto mucho de envidiarla, fuerza será reconocer que ella pesa muy bien la media arroba aquella del cuento.

El partido que tomo en la liza abierta dice ya con sobrada elocuencia que no soy empujado á esta tribuna ni por el hambre de popularidad ni por la sed de aplausos.

Aplausos! muy torpe, en verdad, habría yo de ser para bus-

carlos en ese camino, pues es por demás sabido que nosotros tenemos la oreja un poco dura para todo aquello que no lisonjea nuestras pasiones, preocupaciones ó gustos.

Sin embargo, yo he entendido siempre que en centros de opinion como éste, y más tratándose de problemas de la magnitud del que ahora se agita, ha de procurarse mucho ménos que seducir y arrebatarse á los oyentes, convencerlos con la verdad, ó cuando ménos fijar su pensamiento y su seria atencion sobre aquello que conviene tener en todo momento bien presente—y eso mismo, y no otra cosa, me propongo ahora. No hay, pues, que esperar de mí, ni palabras altisonantes, ni períodos cadenciosos, ni frases de efecto, ni ménos esos arranques de patriotero, especie de fuegos de artificio, que tan en moda están entre nosotros desde la época del infausto Gobierno de don Gabriel Pereira; achaque que no conocen los pueblos mayores, acaso porque tienen de la patria una idea ménos vaporosa y más precisa, pero que es de ordinario tambien uno de los signos reveladores de las decadencias. Y aquí diré por vía de consejo, no á los que, como yo, peinan ya canas, sino á los jóvenes que me hacen el honor de escucharme, diréles que el favor de la opinion no se debe ni despreciar, ni mendigar ó cortejar, porque despreciarlo es acreditarse justamente de fatuo y privarse de una palanca poderosa en la conducta de los negocios públicos, y mendigarlo, hacer prueba de flaqueza, renunciar á pensar y á obrar por sí mismo, y cargar con muy serias responsabilidades.

No cabe duda que en los países libres, la opinion va siendo una especie de factor político; pero jamas será el único ni el primero de ellos, ni conviene tampoco que lo sea. Jóvenes, no corráis á ojos ciegos hacia la montaña; haced, sí, méritos para que la montaña venga hacia vosotros, y si ni aún así viene, porque la opinion pública es caprichosa como las hadas, y como las hadas voluble, resignaos con vuestro lote y quedaos solos con vuestra conciencia, que al fin y al cabo, la conciencia del deber cumplido es de todas las compañías la mejor y la más constante.

Esto dicho, entro sin más rodeos en materia.

I

¿Don Juan C. Gómez es, como algunos quieren, un oriental renegado ó un mal ciudadano?

¿Es, como pretenden muchos, un utopista ó bien un loco, como

se ha permitido llamarlo cierto *enfant terrible* de nuestra prensa periódica?

¿Es, en fin, como álguien lo ha insinuado, un escritor impudente, que haya falseado á designio la historia y amoldado los hechos á un propósito preconcebido, al afirmar que ántes del año 28 no teníamos tradicion de vida independiente, y que la independencia que entónces obtuvimos no fué ni obra, pero ni inspiracion nuestra, sino la inspiracion y la obra del Imperio del Brasil y de la República Argentina?

¿Y es renegado ó mal ciudadano don Juan C. Gómez por haber llegado buenamente á persuadirse que su país no cuenta con elementos de vida propia, y que sería más feliz formando, en union de la República Argentina, los Estados-Unidos del Plata?

En el estado en que hoy se encuentra el debate, toda la cuestion gira sobre esos cuatro puntos, pues por extraño que parecer pueda, es lo cierto que sobre el punto capitalísimo — la conveniencia ó inconveniencia de la union propuesta — nada se ha avanzado por los adversarios del doctor Gómez. Error había, sin embargo, al encarar la cuestion como meramente personal, porque en ella esté empeñada la persona del doctor Gómez, pues éste ha sido agredido, no sólo en su reputacion, sino en uno de sus derechos de ciudadano, y tales agresiones afectan é interesan siempre á todos por igual.

¿Quién será, entre los presentes, el que más de una vez no haya oído al ménos nombrar aquel sabio americano, tres veces ilustre, y de quien un inspirado poeta ha dicho que supo arrebatarse el rayo al cielo, el cetro á los tiranos?

Pues bien, señores: cuando se firmó la Constitucion que rige en la América del Norte, y que salvó á ésta del hondo abismo á que la encaminaba el primitivo pacto federal, Benjamin Franklin, señalando con el dedo un cuadro que representaba un efecto de sol, pronunció en plena sesion estas palabras, que recogió la historia: "Los pintores declaran á una, que en su arte nada es tan difícil como distinguir entre una salida y una puesta de sol. En el curso de este larguísimo debate, en medio de las infinitas alternativas de temor y de esperanza que me han asaltado (oid esto, señores), muchas y muchas veces he echado la vista á esa pintura, sin acertar á explicarme si lo que teníamos delante era un sol naciente ó un sol poniente: al fin, veo con indecible júbilo que es un sol naciente."

Ya lo veis: Franklin, ciudadano de un gran país y de un gran

pueblo, de un pueblo que acababa de debelar y poner en fuga á los leopardos de la fiera Albion, ó segun él mismo dijera, de sofocar á la serpiente en su cuna, como Hércules; de un pueblo que poseía hombres de Estado de la talla de Washington, de Hamilton, de Madison, de Jay, de Adams, de Jefferson, etc.; de una república, en fin, como nosotros, pero que midiendo cien y más veces nuestro territorio y contando cincuenta y más veces nuestra población nacional, no tenía por vecino ningun enemigo tradicional, ninguna monarquía poderosa ensimismada con sus recientes triunfos diplomáticos y militares é interesada en el descrédito de su forma de gobierno; Franklin, con todos los recursos de su propia experiencia y de su genio y del genio y experiencia de otros; Franklin, digo, llegó á concebir serios recelos por el porvenir de su país, y á preguntarse azorado si su país tendría la fortuna, las virtudes y la capacidad necesaria para salvar el precipicio abierto á sus piés y consolidar la obra á que él mismo había puesto el hombro. Y de esas perplejidades y terrores participaban todos los hombres de Estado de la Union, y más que ninguno aquel Washington, que no había temblado ni ante el formidable poder militar y naval de la Gran Bretaña, ni ante la perspectiva de la horca. Los únicos que nada temían, eran los partidarios del aislamiento de los Estados ó de la disolucion de la Union.

Ahora bien: ¿qué mucho, preguntaré yo, que don Juan Carlos Gómez, sin los motivos para esperar que tenía el patricio americano, y con los motivos que no tenía él para temer; qué mucho que no crea posible consolidar nuestra propia nacionalidad, salvada ya una vez al ménos, por uno de esos milagros que no se reproducen todos los dias, y en que por lo mismo fuera imprudencia confiar? ¿Y qué mucho, señores, que midiendo acaso con ojo de águila la profundidad de nuestras heridas, ya que no sea tambien de nuestras llagas, ó penetrando en los arcanos del futuro á favor de esa potencia de intuicion que nadie puede negarle, qué mucho acabe por exclamar á la inversa del afortunado Franklin: "Ay! no somos un sol que nace, sino ántes bien un sol que se pone"?

Cómo! lo que fué virtud, patriotismo allá, acá será delito, crimen de lesa patria? Cómo! lo que en la República modelo se enaltece y da fama, entre nosotros habrá de reprimirse y dará ignominia? Cómo! lo que en otras partes conduce al Capitolio, habrá de conducir en nuestro país á las gemonías ó á la Roca Tarpeya? ¿Cuál es entónces, ocurre preguntar, nuestro criterio sobre el

patriotismo, sobre el honor y sobre los deberes todos que incumben al ciudadano en las grandes crisis políticas, y por regla general, en las cuestiones todas que más ó ménos afectan los intereses vitales de su país?

Cierto: muy triste es pensar que seamos un sol poniente, y triste y algo más decirlo; pero, puesto que nuestro estado y nuestras fuerzas no son un secreto para aquéllos de quienes más convendría ocultarlos, ¿fuera acaso mejor, más patriótico y más prudente, callarlo? Mentir á su país, ¿será por ventura un acto de civismo? Ah señores! ¿para qué sirven en casos semejantes, las lisonjas y las mentiras y las reticencias? ¿para qué si no es para enervar las almas y atrofiar los caracteres y acabar de extraviar la opinion y prepararse á sí mismo el punzante remordimiento de haber concurrido á perder á su país, pudiendo quizá ayudar á salvarlo?

Tal es, sin embargo, nuestra actual condicion política y la confianza que afectamos poner en nuestra longevidad como nacion independiente, que tolerar la menor disidencia en las opiniones *convenidas* en esta materia y respetar la persona del disidente, es empresa superior á nuestras fuerzas. Buena prueba de ello tenemos en la táctica y en el sistema de discusion empleados por los más de los contradictores del doctor Gómez, no para refutarlo, que nadie hasta ahora lo ha refutado, sino para quebrar el prestigio de su palabra y de su nombre y perderlo en el concepto de su país, que parece ser lo único que buscan algunos por envidia, y algunos otros por enemistad política. En ese propósito háse ido más allá de lo que era permitido esperar, llevando la licencia hasta el punto de torcer el sentido genuino y literal de sus palabras y de alterar el texto mismo de sus escritos, lo que es, si cabe, más censurable aún que los denuestos con que se ha tentado abrumarlo.

Pero ¿cómo no? ¿Habremos, acaso, de perdonar al temerario que se permite pensar en ciertas materias de otro modo que pensamos ó afectamos pensar nosotros, y eso sin pedirnos siquiera venia? ¿Habremos de perdonar al que tiene la criminal osadía de restablecer la verdad de la historia que nosotros habíamos suplantado por las ficciones de la leyenda? Cómo! contra el insolente que se ha permitido combatir nuestras más respetables preocupaciones; contra el desalmado que nos ha lastimado en nuestras más vivas simpatías; contra el sacrilego que ha ido hasta poner su

mano sobre nuestros ídolos queridos, ó hasta derribarlos de su pedestal, ¿no serán permitidas todas las armas, el sofisma crudo, la mentira desvergonzada, la injuria grosera y soez, la calumnia y el fraude? ¿No será lícito y hasta moralizador por lo ejemplar, vestirle el sambenito del hereje, ó estamparle en la frente el estigma del renegado, mientras no llega el feliz y suspirado momento de enviarlo á la hoguera, á ese monstruo que condena aquel admirable sistema de guerra que forzaba á las poblaciones en masa á seguir la marcha de los llamados ejércitos, librando así á la juventud y á la belleza desarmados á los apetitos brutales de la soldadesca; á ese hombre de nieve, que no se abrasa de santo entusiasmo al solo recuerdo de los felices tiempos del gran Otorgués, del ínclito José Antonio, del perinclito Blasito, del sublime Sotaita, del excelso y nunca bien ponderado Encarnacion; tiempos en que, es verdad, se degollaba ó montaba uno que otro *godo*, y al que cobraba lo que le fué robado, se le remachaba doble barra de grillos, pero, al fin y al cabo, todo ello *por la patria y por la libertad*, según la fórmula sacramental de entónces?

Y hablo así, señores, porque lo único que ha condenado don Juan Carlos Gómez, son las torpezas, los desórdenes, los atentados que caracterizaron aquella época de nuestra historia, no el movimiento de emancipación de 1811, ni la gloriosa iniciativa libertadora de los Treinta y Tres, que, por el contrario, ha levantado y enaltecido siempre, como periodista y hasta como poeta.

Enseñarse así contra un hombre, gritar *al tráfuga! al renegado! al traidor á la patria!* puede ser una táctica eficaz para sublevar contra él á las multitudes ignorantes; pero el que se proponga ilustrar á su país acerca de lo que le conviene ó no, jamás debe olvidar que en las luchas de la palabra pública hay también una cierta higiene moral, que prescribe á los contrincantes la mutua tolerancia de sus opiniones, el mutuo respeto de sus personas, el comun respeto á los que leen ó escuchan, el no uso de armas envenenadas, y la buena fe en la argumentación.

Que nuestros pseudo-liberales comparen lo que ellos hacen con lo que dice de la Inglaterra un francés que la ha estudiado por sí mismo.

“De todas las cualidades que constituyen la fuerza social de esta nación, escribía 20 años há Montalembert, la más esencial á la vida política de un pueblo libre, es el respeto recíproco de las opiniones. Allí se discute todo, se da la palabra á todos los inte-

reses, y se permite usar de ella con una tolerancia tal, que á veces parece degenerar en complicidad. ¿Por qué esto? Porque el pueblo inglés, que tiene el instinto y la pasión del coraje civil, reconoce y admira esta virtud en todo aquél que se atreve á resistir sólo al torrente de la opinión. Hasta cuando más directamente se ve combatido en sus pasiones y preocupaciones, él se contenta con la impotencia de los que tal hacen, comprendiendo que la tenacidad de esas individualidades vigorosas son una gloria y una fuerza más para el carácter nacional.” Esto supuesto, señores, no hay que preguntar á qué debe la Inglaterra el temple especial de sus hombres de Estado y el haber escapado al gobierno de las mediocridades. No, de un cortesano de la opinión, jamás se sacará un verdadero hombre de Estado.

Señores: en todos tiempos, el hombre político que descuella á la vez por el talento, por la probidad, por la firmeza de carácter y la independencia de opiniones, hizo parte principalísima del tesoro moral de su país, y lo que más ha de estimar y ver de aumentar todo país, pues nada lo levanta tanto ni le asegura tan larga vida, es precisamente su tesoro moral; pero él es un verdadero hallazgo en un siglo como el nuestro, siglo, más todavía que ilustrado y progresista, materialista, muelle y descreído, que acabará muy mal y será precursor de espantosas catástrofes, si no se logra cortar esta fiebre de riquezas que lo devora, y poner un dique al desborde de las pasiones democráticas que lo minan.

Sí; las fuertes individualidades son siempre necesarias, como que llevan la iniciativa en todas las grandes cuestiones y las grandes cosas; pero momentos hay en que ellas parecen concentrar en sí toda la vitalidad moral de un pueblo; en que ellas solas ven y piensan y obran por todos, y en que pesan más que todos, en la balanza de los destinos sociales; por manera que la pretensión de abolirlas ó eliminarlas de la política militante, es una pretensión absurda y criminal, propia tan sólo de las democracias bastardas; de esas democracias envidiosas de toda superioridad, niveladoras por lo bajo, soberbias, á veces, con los débiles, pero más que débiles siempre con los soberbios, con tal que adulen sus vicios y pasiones; de esas democracias que dan á beber la cicuta á Sócrates, que imponen el ostracismo á Aristides, que ponen en manos de Catón el acero con que se atraviesa el pecho, para no sobrevivir á la pérdida de la libertad; que optan por Luis Napoleón, contra Cavaignac y Lamartine; que levantan, en fin, al poder á Rosas, y

mandan á Rivadavia á morir á España, pobre, triste, desesperado, y lo que es todavía ménos edificante, reñido con su país. Oh! muy otra tiene que ser la conducta de una democracia liberal.

Sí, por lo mismo que los hombres independientes son, como observa Montalembert, una gloria más para su país y una fuerza más para el carácter nacional, y por lo mismo que las sociedades políticas, como los individuos, valen sobre todo por el carácter, por lo mismo digo: lo que conviene no es desalentarlos ni retraerlos, sino ántes bien estimularlos y darles alas. Y no se me diga por vía de atenuacion ó excusa que don Juan Cárlos Gómez no es hombre de arredrarse por tan poca cosa como la perspectiva de verse atacado tan solo con denuestos y calumnias; porque contestaré desde ahora que esos titanes que no necesitan que nadie les tienda la mano para escalar los cielos y mantenerse en las alturas á despecho de todo y de todos, son excepciones con que jamas debe contarse, excepciones rarísimas áun allí donde más gustan y más honrados y respetados se ven. Si, es regla, y regla basada en el conocimiento de nuestra propia naturaleza, que la aprobacion ó incitacion de los demas sea un excelente y necesario conductor de las grandes virtudes y de las grandes acciones.

Mucho levantáis al doctor Gómez, ha de observarme más de uno acaso por lo bajo. ¿Mucho? Méenos, sin embargo, que sus detractores, que lo levantan hasta los cuernos de la luna refutándolo tan solo con insultos ó simplezas, y no tanto como algunos pueden imaginar, segun se verá ántes que haya dejado la palabra.

Pero bien se puede diferir de opiniones con un hombre y rebatir sus errores, sin por eso faltarle á la consideracion personal, ni desconocer la pureza de sus propósitos, ni negarle sus altas cualidades, como ha sabido hacerlo el doctor Ramírez.

II

Yo no sé quién ha dicho que los Estados se pierden siempre por ideas falsas sostenidas con brillantez; pero ello es harto cierto que hay ideas que se adhieren y pegan al cerebro de los hombres así como las manos á la máquina eléctrica, de suerte que, una vez dueñas de la posicion, cuesta sudores y hasta mares de sangre desalojarlas de ella. Entre esas ideas falsas y perniciosas, ninguna conozco que lo sea más ni que más caro le cueste ya á la especie humana, que la que vincula en los hombres (individuos ó pueblos, no importa) la soberanía absoluta.

No, señores; no hay en la tierra soberanía absoluta, no; ni hombres, ni gobiernos, ni pueblos, nadie tiene aquí abajo el privilegio de hacer legítimamente cuanto quiera. Todo poder, toda soberanía tiene y necesita tener límites para no degenerar en tiranía. Al poder de los gobiernos, ó al poder político, le fija límites la voluntad de los pueblos; al poder y á la voluntad de los pueblos, se los fija la naturaleza ó Dios.

Ahora bien: tómese cuanto se ha escrito, aquí ó en Buenos Aires, contra el pensamiento del doctor Gómez; exprímase tanto como se quiera, y yo desafío á que de todo ello se saque otro argumento que éste: "Vd. no puede legítimamente discutir la conveniencia ó inconveniencia de la independencia, ni por consiguiente proponer la union con la República Argentina, porque la voluntad manifiesta del pueblo oriental es conservarse independiente y disgregado de todo otro poder." Lo que en buena lógica implica como mayor esta proposicion: *La voluntad nacional es indiscutible.*

Pues bien, señores: ésa es precisamente la raíz del sofisma,—que la voluntad nacional sea indiscutible, ó lo que tanto vale, que la sociedad pueda decirle al pensamiento, como Dios al Océano: *De aquí no pasarás.* Humilde como soy, yo protesto contra semejante definicion de la soberanía de todos, que despojaría á cada uno de lo que ha recibido de una autoridad más alta, de una voluntad más poderosa, y esto para poder cumplir su destino en la tierra.

Gracias al cristianismo, al cristianismo doctrinal, hoy sabemos á ese respecto lo que ignoraron siempre Griegos y Romanos: sabemos que los pensamientos, las ideas, las creencias, como cosas personales, propias de cada uno de nosotros, están fuera del dominio de la sociedad y del Estado. Pláceme decirlo así en el mismo sitio en que se ha negado al cristianismo todo título á la gratitud y al respeto de la humanidad.

Sí, señores, la teoría del Estado omnipotente, de la soberanía absoluta, sea del príncipe ó del pueblo, es una teoría eminentemente pagana, eminentemente liberticida, eminentemente antagónica al genio y á las buenas tendencias de la moderna civilizacion. *Sub-eges libertas* — la libertad bajo la ejiada de la ley — ó en otros términos: "la ley protectora y garante de la libertad del individuo". Esa es, en lo religioso como en lo civil y en lo político, ésa la consigna de los tiempos presentes, y toda otra, está condenada á desaparecer en más ó ménos tiempo.

Sí, la libertad de pensar, que no es otra que la de emitir nuestra opinión, de palabra ó por escrito, sin previa censura, es sagrada, y la comunidad toda no tiene derecho alguno para trabarla ó violarla en un solo individuo. Así lo quiere la razón moderna; así lo quiere el derecho público de todos los países libres; y por último, señores, así lo quiere el artículo 141 de nuestra Constitución, que consigna ese derecho del hombre en términos expresos.

Bah! dirá acaso más de uno que nuestra Constitución garante la libertad de pensar y de escribir sobre toda materia sin excepción, lo sabemos todos de memoria. No digo ménos, señores. Sí; todos lo sabemos de memoria, pero mucho mejor que saber de memoria cuáles son los derechos individuales consagrados por la Constitución, mucho mejor sería tolerar y respetar su pacífico ejercicio; y lo que precisamente estoy demostrando con un ejemplo práctico, es que no sabemos hacerlo. La libertad convertida en monopolio, la libertad para sí solo, todos la quieren, y nadie hay que la quiera más entrañablemente ni que la practique de una manera más amplia que los déspotas, porque el despotismo no es otra cosa que la libertad de todos y de cada uno, confiscada en exclusivo provecho de uno solo ó de algunos; pero la divisa de los verdaderos liberales, de los liberales de buena ley, ha de ser la de los héroicos polacos: *Por nuestra libertad y por la vuestra*. Si seguimos guardando esa divisa en el bolsillo, juntamente con la Constitución, ántes de mucho acabaremos por inspirar los más furiosos celos al autócrata de Rusia y al Shah de Persia.

Acertada ó no la voluntad general, buena ó mala la ley de ella nacida, todos estamos en el deber de acatarla y de conformar á ella nuestros actos; pero buena ó mala, todos tenemos asimismo el derecho de señalar sus vicios ó defectos, de pedir su abolición en todo ó en parte, y observo de paso que este derecho indelegable, es á la vez una eficaz garantía del perfeccionamiento de las leyes y del progreso social de los Estados.

Pues bien, señores: usar de ese sagrado derecho — eso es cuanto ha hecho don Juan Carlos Gómez — y es proloquio ya vulgar, á fuer de repetido, que el que usa de su derecho á nadie ofende.

III

Sea: pero don Juan Carlos Gómez, objetan lo más moderados y circunspectos de sus contradictores, no es infalible, y bien puede equivocarse.

Vaya si puede equivocarse! contesto. Pero en primer lugar, ¿quiénes son los privilegiados que nunca se equivocan? Y en segundo, ¿donde está siquiera la ley que prohíba equivocarse ó que enseñe á acertar siempre so pena de ser castigado ó insultado?

Sí, puede equivocarse el doctor Gómez, y yo creo que no en todo lo que ha dicho ha acertado; pero á los que lo han combatido incumbía la prueba de su error, y esa prueba todavía la esperamos.

A la verdad, tan de lleno le ha soplado el viento de la fortuna en esta jornada á nuestro gran general, que nadie lo ha amagado siquiera por sus flancos. Aparte la granizada de injurias y chocarrerías dirigidas á su persona pública ó privada, todos los fuegos de sus contrarios han convergido hacia el punto histórico, medio éste el más seguro precisamente de hacerse derrotar por él, como Francisco I en Pavía, sin dejarse siquiera el consuelo de decir lo que aquél en el lacónico parte pasado á su madre; pues en efecto, para salir airosos hubieran necesitado hacer con nuestra historia lo que Raleigh con la escrita por él mismo: romperla ó quemarla, y esto no es ya posible,

Pero el proyecto del doctor Gómez, dicen otros más decididos y afirmativos, no pasa de ser una quimera, un sueño de visionario, una utopía. ¿Utopía? Bien puede ser; y si tenemos los medios de constituir al fin una nación viable, libre y feliz, plegue al cielo que no sea otra cosa! Pero cuidado que á lo que se tiene por una utopía no se le hace un recibimiento tan general y tan insinuante, ni se le combate á la vez por tantos y con tanta pasión y acrimonia! Cuidado que el pecado de los visionarios suele no ser otro que el de ver más, mejor y más léjos que sus contemporáneos! Cuidado, digo, que de los utopistas y visionarios puede decirse que son los exploradores de las tierras ignotas del pensamiento, de la ciencia, de la política, del arte, etc., tierras de que más temprano ó más tarde toma al fin posesión la humanidad, que á menudo goza de sus regalados frutos á la manera que ciertos ricos herederos de la fortuna heredada, dándose tono, echándose para atrás, ostentando orgullosos sus blasones ó nadando en el lujo y los placeres, pero sin tener apénas un recuerdo para el que se la legara amasada con su sudor, y á veces con su sudor y con sus lágrimas! Pobres utopistas! para otros las flores; para ellos las espinas.

Utopía, sueño, vision hoy, realidad mañana, gracias á los ade-

lantos progresivos de la ciencia y del ingenio humano: tal va siendo ya la regla.

Pero vamos á cuentas (y aquí, que cada uno interrogue su propia conciencia, miétras yo pongo la mia de manifiesto, para que todos puedan leer en el fondo de ella): ¿son tantos como lo parece, pregunto, son tantos aquéllos que de todas véras toman por una utopía ó un sueño, el pensamiento de don Juan Carlos Gómez? Lo que en éste es ya conviccion, certidumbre, evidencia, ¿no será en algunos de ellos presentimiento más ó ménos vago ó acentuado, aprension, conjetura, vision ó como quiera llamársele?

Señores: yo no osaré desmentir á personas de cuya buena fe no tengo motivos para dudar; pero diré, sí, que á no ser totalmente incapaz de consagrar algunas horas de seria meditacion á la cosa pública, y de darse cuenta del estado moral de nuestro país, del cual pudiera citar como el más triste comentario, un ejemplo todavía palpitante por lo reciente; ¡oh! preciso es tener una fe bien robusta, no sé si en nosotros mismos ó en el favor de Dios, para no haberse preguntado, una vez al ménos: ¿Somos un sol que se levanta ó un sol que decae? ¿Tenemos elementos de vida propia? ¿Podremos sostener siquiera por otro medio siglo, este rol de nacion independiente que, mal que bien, hemos sostenido hasta ahora?

Esto, señores, en cuanto á los ciudadanos. Y en cuanto á los gobiernos, ¿quién no sabe que algunos de ellos se han visto asaltados por idéntica duda, y más aún, que han resuelto el problema, no ciertamente como lo resuelve el doctor Gómez, sino ántes bien negociando el protectorado, ó más bien dicho, la tutela del imperio del Brasil en 54 y 57, y la del reino de Italia en 64?

Cierto es, y huélgome de ello, como el que más, que si bien los mandatarios que tal hicieron no fueron acusados de traicion á la patria, sus intentonas han merecido siempre la reprobacion unánime del pueblo oriental, que á despecho de sus muchos extravíos y de las durísimas pruebas por que ha pasado, ha tenido la dignidad de no aceptar para el país la humillante condicion de las islas Jónicas, ó el vergonzoso y miserable rol de la factoría africana, que hombres más ó ménos extraños á él, y más ó ménos indiferentes á todo lo que no sea hacer la bolsa, se esfuerzan por imponerle hoy mismo.

No es, pues, tan utópico ni tan impopular el pensamiento de don Juan Carlos Gómez, aún para muchos de aquéllos que de tal lo califican, salvo que en concepto de estos mismos, la utopía consis-

ta en no optar por la anexion al imperio del Brasil. O Platinos ó Brasileños, mucho temo, señores, que en estos precisos términos se plantee al fin el problema que habrán de resolver. . . . nuestros nietos, si no son los padres de nuestros nietos.

Sí, digámoslo con entera franqueza: nuestro más vivo y constante anhelo es conservar nuestra independencia; pero nuestra confianza en poderla conservar, si no está en razon inversa, ménos aún está en razon directa de nuestros votos. ¿Ni por qué habríamos de mostrarnos á tal respecto más animosos y confiados que Benjamin Franklin?

¿Qué es, pues, señores, qué es lo que se condena y se quiere castigar ó hacer expiar como crimen de lesa-patria en la sola persona del doctor Gómez? ¿El pecado de todos ó de los más, si pecado es? ¿O será acaso el haber tenido la sinceridad y el coraje de decir en alta voz lo que tantos otros piensan como él, y se dicen por lo bajo allá en las horas de las confianzas íntimas?

Ni se olvide por otra parte que el mismo don Juan Carlos Gómez ha puesto á la ejecucion de su plan dos condiciones indeclinables: una, que el régimen de instituciones se radique en la República Argentina; otra, que se haga en los orientales el convencimiento de que su interes propio los llama á formar con aquélla una sola nacion bajo la denominacion comun de Estados Unidos del Plata. Y si nó, nó, agrega él.

Porque siente que ese convencimiento es indispensable, y porque sabe que él no está todavía hecho, por eso precisamente pide para poderlo hacer, lo que no quiere concedérsele: tiempo y libertad de discusion.

No se trata, repito, de averiguar si los orientales quieren mantenerse independientes hoy; trátase sí, de saber si lo querrían mañana, es decir, cuando se lograra convencerlos por entero, de que la independencia es para ellos un imposible ó un presente griego. Qué! ¿Habría acaso quien se atribuya el derecho de obstar á que, producido ese convencimiento, el país dispusiese de su suerte, segun mejor viesse convenirle? Cómo! ¿si el pueblo oriental dijera mañana, como ya lo dijo en 1825: "Mi voluntad es incorporarme á la República Argentina (ó á los Estados Unidos del Plata); si esto dijera el Pueblo Oriental, libre y espontáneamente, ¿habría álguien, individuo, partido ó poder de la tierra, que tuviera derecho para decirnos, como los Papas á Roma "No: es preciso que el Estado Oriental, feliz ó desgraciado, libre ó esclavo, permanezca segregá-

do de la República Argentina; es preciso que siga perpetuamente atado á los tratados del año 28, como Mazeppa al potro, porque tal es mi supremo interes y mi soberana voluntad”?

Bueno es, sin embargo, que el doctor Gómez se persuada una vez por todas que á ese convencimiento jamas se llegará con ciertas alusiones y ciertos deslices de pluma, poco dignos del primer talento de su país, y acaso del Rio de la Plata (ya sabeis, señores, que Homero era Homero, y dormía); deslices que no hacen avanzar la cuestion de una sola línea, que rozando como espinas la piel de unos, y penetrando en el pecho de otros como dardos agudos, mal pueden ser medios concurrentes á la realizacion de su propósito.

Algo más humillante que lo que fué tiempos atrás para nosotros el farolito del Cristo, es hoy mismo para los ingleses el espectáculo que ofrece el cuartel de White-Chappel, enclavado como un sarcasmo en el corazon de la opulenta Lóndres; cuartel á que no llega la accion protectora de la policia de la gran capital, y donde 200,000 y más seres humanos yacen sumidos en la más extrema miseria, en el vicio más degradante y asqueroso y en el más vergonzoso embrutecimiento, ajenos á toda idea de trabajo, á todo sentimiento de pudor y á toda nocion de moral y de relijion, lo que, sin embargo, no quita á la Inglaterra su primacia entre las grandes naciones del Viejo Mundo. Es que todo pueblo tiene sus flaquezas, sus pequenezes y hasta sus llagas, como tiene sus dias nefastos y sus épocas de oprobio, y la República Argentina, por su desgracia y por la nuestra, no ha sido á tal respecto de los más favorecidos por la suerte. A ser de otro modo, puede que el *desideratum* del doctor Gómez fuera tiempo há un hecho consumado; pero de véras que lo que por allá ha pasado de 27 á 52, y aún de 52 á 62, no ha sido como para tentarnos.

Ahora mismo, despues de 16 años de gobierno regular, ¿no andan el Nacional y el Provincial de Buenos Aires enredándose en las cuartas sobre puntos de derecho público que, como acaba de probarlo el señor Sarmiento, son el *a b c* de la cartilla federal? Ahora mismo ¿no se pasea triunfante la revolucion desde Corrientes hasta Santa-Fe, y desde Santa-Fe hasta Jujuí, reproduciendo al natural la fábula de la hidra de las cien cabezas, asesinando gobernadores, derrocando legislaturas, corriendo y poniendo en bárbaros conflictos al Congreso y al Ejecutivo Nacional?

Sí, don Juan Carlos Gómez es un operador de primera fuerza y de mano certera; pero poco suave. Yo le perdono por mi parte,

sin embargo, sus deslices de pluma, porque hartó sé á qué extremo puede llevarnos la amargura de la decepcion, y la de mi ilustre amigo nace nada ménos que de haberse prometido demasiado de sus conciudadanos, no para sí, puedo jurarlo, sino para su propio país; se los perdono porque creo descubrir en ellos algo así como los reproches del hijo por demas severo con la madre un tanto casquivana, y se los perdono, en fin, porque reconozco que hay heridas que no pueden tocarse sin hacer sufrir al paciente y que el primer paso para curarlas es, como ha dicho álguien, sondearlas con cierta intrepidez de pensamiento y de corazon.

Pero ¿qué títulos tiene ese don Juan Carlos Gómez, preguntan algunos, para hacerse escuchar de sus compatriotas? ¿Qué le debe su país? ¿Qué servicios le ha hecho él?

Señores: yo no he subido á esta tribuna para hacer la biografía, ni del Representante de 52, ni del Ministro de Estado de 53, ni del proscrito del 57, ni del fundador de una gran escuela política, ni del apóstol de la libertad y de los principios de siempre: he subido á ella, sí, para defender en la persona de un ciudadano oriental el patrimonio comun de todos los ciudadanos orientales, para reivindicar el derecho que todos y cada uno de ellos tiene de decir aquello que juzgue más conveniente á los intereses de su país, ó si se quiere, para protestar contra el desconocimiento de ese derecho, que es también el mio; pero observaré sí que el primer título para hacerse escuchar de su país, el primero de todos no estener servicios, sino la autoridad que dan un gran talento, un gran carácter y una gran probidad, y á fe que el título que dan el carácter, la probidad y el talento, le ha costado á don Juan Carlos Gómez un poco más que lo que les cuesta á algunos de sus detractores el título de ciudadanos orientales, que llevan sin esfuerzo alguno. Yo no dudo que algunos de éstos puedan llenar un dia, con buena tinta y buena letra, las páginas de su vida cívica; pero sea por lo que fuese, esas páginas están todavía en blanco, y llenarlas bien desde el principio hasta el fin, no es cosa tan fácil como muchos imaginan.

Si servir al país tanto quiere decir como abdicar la conciencia cívica y hacerse extranjero en su propia patria, ó pegarse al presupuesto como el cáncer á la llaga, y aguantarse de pié mientras todo se derrumba y cae en su derredor, y mirar desfilar por delante de sí gobiernos, y partidos, y generaciones una tras otra, siempre de pié, y con la misma impasibilidad con que ven desfilar

á los paseantes esas estatuas puestas á lo largo de los caminos ó paseos públicos, entónces no cabe duda que el país nada absolutamente le debe á don Juan Carlos Gómez; pero si hay otros servicios ménos negativos ó más relevantes, á los que preguntan *qué le debe el país á ese hombre, yo les preguntaré á mi vez dónde se esconden, que nadie los vé, esos cuatrocientos atenienses más virtuosos y meritorios que Aristides, y dónde los muchos que ménos hayan recibido de su país en cambio de lo que le han dado.*

IV

De cuanto ha dicho don Juan Carlos Gómez, lo que más ha sublevado la bilis de sus contradictores es la afirmacion de que nuestra independencia nos fué impuesta por la voluntad conjunta de la República Argentina y el Imperio del Brasil, ó que la recibíamos de manos de ambos poderes sin ser consultados, y que hasta entónces no teníamos tradicion alguna de independencia. Y sin embargo, esto, que se pretende ser un fraude histórico, una gran mentira, es por el contrario una de aquellas verdades propias á romperle los ojos al más ciego.

¿Quién, pregunto yo, qué asamblea, qué poder, qué autoridad de derecho ó de hecho, había proclamado ántes de 1828 la independencia de la Banda ó de la Provincia Oriental, como hasta entónces se la había llamado por españoles, portugueses, brasileños y orientales?

¿La Asamblea de la Florida?

El doctor Gómez ha probado ya que nó con el propio texto de la segunda ley dictada por aquélla el 25 de Agosto de 1825, no importando la primera otra cosa que un caso previo ó preparatorio de la incorporacion, por el cual la Provincia Oriental sacudía el yugo de la dominacion brasilera y reasumía su propia soberanía local para poder disponer de sí misma como viere convenirle; acto aquel cuya necesidad y alcance se explica y define tanto mejor cuanto la República Argentina era agena al movimiento de emancipacion, y por sí misma nada había hecho desde 1817 hasta entónces para reivindicar sus derechos sobre la zona usurpada de su territorio. Pero ni es ése tampoco el único acto de aquella Asamblea que desmienta perentoriamente la especie de una tradicion ó de un propósito de independencia nacido con ella. Ábrase, para no ir más léjos, la obra que acaba de publicar don Antonio

Díaz, y en la página 17 de su tomo 1.º se encontrará la Circular de 17 de Junio de 1825, anterior de dos meses á lo que se ha dado en llamar Proclamacion de la Independencia, en que ya el Gobierno Provisorio, instalado tres dias ántes, decía á los Cabildos y Jueces Departamentales lo siguiente: "La Provincia Oriental, desde su origen, ha pertenecido al territorio de las que componian el Virreinato de Buenos Aires, y por consiguiente, fué y debe ser una de las de la Union Argentina, representadas en su Congreso General Constituyente."

¿Es esto explícito, sí ó no?

Ya lo veis, señores: lo que propone el *renegado* Gómez, es exactamente lo mismo que en 1825 quiso el país y sancionaron sus lejitimos representantes: — la union con la República Argentina. — ¿Tambien aquéllos fueron *renegados y traidores á la patria*? Si lo fueron, lo que cumplia no era por cierto glorificar su memoria y su obra, ni perpetuarla con pirámides y estatuas.

Y la referencia de hechos que acabo de hacer, así como la que más adelante haré, no se destruye ni se enerva con versiones privadas, e ntradichas por otras versiones de igual ó mayor autoridad, ni con suposiciones ó conjeturas sobre votos íntimos, que bien pudieran haber existido en alguno ó algunos, pero que jamas llegaron á manifestarse de una manera pública ó solemne, y que no eran los del país; porque si bien en la historia de un pueblo hay cabe para la tradicion oral, que á veces complementa y que aún puede rectificar los datos resultantes de los documentos públicos, no lo hay para las simples conjeturas ó cuentos.

Despues de la gloriosa victoria del Sarandí, y con arreglo á la ley de incorporacion, nuestros diputados al Congreso Argentino, ingresaron en él, el Gobierno Argentino nos dió magistrados judiciales, y el país fué regido por la legislacion argentina, ni más ni ménos que Buenos-Aires, Córdoba, Entre-Rios, etc.; y así tenía que ser para que dos años despues pudiéramos ser desligados ó segregados de la comunidad argentina.

¿Cuáles fueron las causas impulsivas de la incorporacion sancionada el 25 de Agosto de 1825? ¿El amor á la union? ¿La conviccion de que carecíamos de elementos propios para la vida independiente? ¿La persuasion de que con nuestros solos recursos no era fácil empresa expulsar totalmente de nuestro territorio á los dominadores extranjeros, que aún ocupaban nuestras plazas fuertes? ¿El recelo, en fin, de que una vez segregados de la Union

Argentina y privados de la benéfica protección del Gobierno de Rivadavia, volviera el país á caer en manos de los hombres de la *primera patria*, de aquel elemento que con su desgobierno y sus desórdenes y locuras de todo género, había abierto las puertas á la invasion extranjera, y que á pesar de todo, no había perdido su influencia, principalmente en nuestra atrasada campaña? Todas estas consideraciones á la vez, pudieron obrar en el ánimo de los Representantes de la Florida; pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que de su conducta y de sus actos todos, no se deriva ni sombra de tradicion de independencia.

Y lo propio, señores, lo propio digo de la gloriosa cruzada de los Treinta y Tres. Libertad! ése fué el grito, y ése el lema de la bandera con que se lanzaron á redimir á la patria de la dominacion extranjera los héroes del Arenal Grande. Lavalleja y sus compañeros eran entónces tan argentinos como Rivadavia, y aquél y Rivera fueron premiados por la victoria del Sarandí con la banda de generales de la República Argentina. (*)

Pero ¿y la dominacion del general Artigas? se preguntará. Esta á lo ménos ¿no formará tradicion de independencia?

Pues nó, señores, tampoco la dominacion de Artigas es tradicion de independencia, y sí sólo de desacuerdo ó entredicho con el Gobierno de Buenos Aires; tradicion de anarquía, de revolucion, de guerra civil entre los caudillos de aquende y allende el Uruguay con aquel Gobierno; pero, vuelvo á decirlo, no de independencia.

La especie de que Artigas fué el fundador de la nacionalidad Oriental, carácter que jamas le habían atribuido sus más decididos adeptos, es un solemne anacronismo y una descomunal impostura, forjada recién en 1856 por el espíritu cortesano, con el propósito manifiesto de lisonjear la vanidad de un gobernante su pariente. Artigas jamas proclamó á la Banda Oriental independiente de las Provincias Argentinas, y el hecho mismo de federarse con algunas de ellas durante la guerra con Buenos Aires, es la más acabada comprobacion de lo que afirmo.

Eso por lo que respecta á Artigas. Por lo que respecta al pue-

(*) Ahora mismo el Gobierno Argentino está pagando los sueldos de todos los militares (Argentinos ú Orientales) que hicieron la campaña contra el Brasil de 1825 á 1828; á consecuencia de lo cual, los hijos del *General Lavalleja* han nombrado un apoderado para cobrar los devengados por su padre.

(Nota del autor.)

blo oriental, los acontecimientos que se produjeron desde 1817 hasta 1825, dicen de una manera elocuente que él no era ménos ajeno á todo propósito de segregacion ó independencia, y que si durante algunos años no hizo tentativa alguna para sacudir el yugo extranjero y volver á la union con la República Argentina, no fué porque se creyera desligado y quisiera desligarse de ella, sino por causas muy distintas.

En efecto, los desmanes y excesos de Artigas y los suyos, y la abierta pugna en que él y ellos se pusieron con los principios fundamentales de la verdadera democracia y de toda organizacion regular, enervaron el sentimiento patrio entre los orientales, que vencidas las fuerzas militares de Artigas, se encontraron sometidos á la dominacion extranjera, y hasta llegaron á contemporizar con ella; pero ese noble sentimiento, sofocado apénas por aquellas influencias y aquellos contrastes, se conservaba vivo en todos los corazones, y la reaccion no esperaba más para producirse que una oportunidad favorable.

Hé ahí cuál era bajo la dominacion Luso-Brasíler, la disposicion de los ánimos.

Entre tanto, ¿qué situacion atravesaban las demás provincias argentinas? — Ahí está por toda contestacion lo que se conocó por *el año veinte*, época de espantoso desquicio, de desorganizacion absoluta.

Los hombres que más influencia ejercían en la opinion por su reconocido patriotismo, su prevision y sus luces, no osaron aconsejar la reaccion contra un poder que, aunque extraño, se esforzaba por hacerse aceptable, para arrastrar á su país á la vergonzosa orgía de aquel famoso año 20, en que llegó á haber en un solo día tres gobernadores. Pero tan pronto como la provincia de Buenos Aires, obligada á aislarse de las otras á consecuencia de aquella misma anarquía, que devoraba á la naciente República, pudo ensayar bajo la influencia de Rivadavia y los hombres todos de la administracion del año 21 el régimen de instituciones libres, la consecuencia natural de tan saludable cambio se hizo sentir inmediatamente en nuestro suelo. Una reaccion engendraba ó daba lugar á otra reaccion: la reaccion á la vida regular en la provincia de Buenos Aires, hacía desaparecer en buena parte el obstáculo á la reaccion extranjera para reincorporarse á sus antiguas hermanas, y participar en comun, ó más bien en familia, los beneficios de la libertad en el orden y en la paz, que el nuevo ré-

gimen les prometía. En ese propio año 21 ó á principios del 22 empezaron las tentativas y los trabajos secretos que fueron preparando la gran reaccion impulsada por la audaz iniciativa de los Treinta y Tres, y que con solo dos grandes hechos de armas, la accion del Rincon y la batalla del Sarandí, despejaron de enemigos nuestra campaña.

Ya lo veis, pues, señores: ni tradicion de independencia de la Asamblea de la Florida, ni tradicion de independencia de los Treinta y Tres, ni tradicion de independencia de Artigas. La palabra *independencia, separacion ó segregacion*, no partió de nuestro suelo: labios brasileros y labios argentinos la pronunciaron, y argentinos y brasileros dispusieron de nuestros futuros destinos, sin consultar para nada nuestra voluntad. Si crimen hubo, pues, en mutilar la patria comun y dividirla en dos, á lo ménos ese crimen no fué de los orientales.

Y ya que de Artigas he hablado, de Artigas, fundador tan sólo del federalismo montonero, y progenitor de los caudillos del Rio de la Plata, diré que su verdadero título de gloria es precisamente el que ménos encarecen sus idólatras de ultra-tumba: haber proclamado nuestra emancipacion de la Metrópoli francamente, sin equívocos ni ambages y á la faz del mundo, al paso que los pelucos ó posibilistas del 25 de Mayo de 1810 (si es que la querían), la colaban así como por contrabando, envuelta en el manto real del señor don Fernando VII, y poco despues se echaban por esos mundos á la busca de un zángano de colmena, de un principillo *in partibus* á quien coronar rey del Rio de la Plata, contra el sentimiento y el voto uniforme de los pueblos, que si no tenían la ciencia de la república ni la educacion necesaria para enayarla sin peligros, tenían sí el santo horror de la monarquía. Y á los que me objeten que Artigas, más prudente y sensato, no habría quemado sus naves como Cortés, diréles que vean bien lo que dicen, porque de los insensatos y temerarios impulsados por una fé ciega y coronados por el suceso, de esa tela se forman por lo comun los héroes.

Lamento tener que expresarme así, porque jamas fuí artiguista, y porque quisiera que el patriado argentino de 1810 á 1820 hubiera imitado en un todo al patriado romano de los buenos tiempos; pero tambien yo profeso y practico el precepto que nos manda amar y respetar, ántes que á Platon, á la verdad.

Ahora, señores, creo que me será permitido preguntar: ¿Quién

es el que, con impudencia ó sin ella, falta á la verdad histórica, y quién el que amolda los hechos y los sucesos á un cierto plan preconcebido? ¿Es el doctor Gómez, ó es el grupo que combate al doctor Gómez?

Sí, al año 28, como ha dicho aquél, al tratado de paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, ahí es forzoso llegar para descubrir nuestra primera y única tradicion de independencia.

Sin embargo (y aquí, señores, me aparto de las opiniones de mi ilustrado amigo); sin embargo, digo, si se toma en cuenta el total abandono que de nosotros habian hecho todos los gobiernos que se sucedieron en la República Argentina desde 1816 hasta 1825, la complicidad del de Pueyrredon en la invasion y ocupacion de nuestro territorio por las armas portuguesas, la vergonzosa tentativa del enviado García para entregarnos maniatados al imperio del Brasil, y por último el nuevo repudio que de nosotros hacia Dorrego, disponiendo de nuestra suerte en consorcio con Pedro I, luego se comprende sin gran esfuerzo que la independencia fuese recibida por nuestros mayores hasta con júbilo. Esto era lo natural, y no el que un hermano abandonado y repudiado por los otros en la hora de la suprema angustia, se obstinara todavía en asociarse á ellos, á poco que entreviese la posibilidad de gobernarse por sí mismo.

Por otra parte, el doctor Gómez no quiere ver más que dos entidades en la obra de nuestra independencia: Dorrego y Pedro I. Yo, señores, descubro ó creo descubrir una tercera, mucho más alta, poderosa y benéfica, y de la que aquellos dos personajes fueron simples instrumentos inconscientes.

En efecto, todo bien considerado hoy, ¿no deberemos reconocer hoy que Dorrego y Pedro I, por supuesto, sin quererlo ni soñarlo, nos hicieron un gran servicio con fundar nuestra nacionalidad, más ó ménos anómalamente, como de ordinario se fundan las nacionalidades, obra, no tanto del voto espontáneo de los pueblos, como del azar, de la diplomacia ó de la fuerza?

Por lo que á mí hace, siempre encaré nuestra independencia como un hecho providencial y para nosotros relativamente benéfico; y esto, señores, porque ni ántes ni ahora, nunca he podido concebir que sin nuestra segregacion Rosas hubiera sido imposible, como sostiene hoy el doctor Gómez, sin demostrarlo.

A la inversa de éste, opino que si alguna influencia hubiera podido ejercer nuestro país en la evolucion política que empezó

con la oposicion al Gobierno reparador y progresista de Rivadavia, y terminó con la exaltacion de Rosas al poder, la habría ejercido más bien en favor del último, para lo cual estábamos convenientemente preparados por dos tradiciones que á la sazón se conservaban vivas, y de que fué Rosas encarnacion ó expresion genuina en el poder: la tradicion colonial y a del federalismo montonero de Artigas. Contra la accion combinada de estas dos influencias no se concibe bien lo que hubiera podido el elemento sano del país, aquel que más especialmente había sido representado en sus aspiraciones á la vida regular por la Asamblea de la Florida; porque, no hay que olvidarlo, entre la Asamblea de la Florida y Artigas, entre lo quería aquélla y lo que había querido el famoso caudillo en orden al régimen de gobierno, había todo un abismo. El único propósito comun entre la una y el otro, era el de emancipar al país de la dominacion extranjera.

Señores: léjos de mí la idea de lastimar á nadie con recuerdos importunos, cuando tengo el honor de verme pacientemente escuchado por todos; pero díganlo cuantos me oyen: el mismo ejemplo que en uno de sus artículos ha citado el doctor Gómez como única prueba de su aserto, el hecho de que de 43 á 51, la incorporacion á la Confederacion Argentina era simpática á la mayoría de los Orientales, á lo ménos á una mayoría accidental ó transitoria; este mismo hecho, dado que sea cierto, no depondría en favor de mi opinion, y en contra de la opinion del doctor Gómez? ¿No diría él bien claramente que Rosas habría sido más posible aún sin nuestra segregacion que con ella? — Y el doctor Gómez, que propone la union con la República Argentina de hoy, con la República Argentina libre y constituida, habría propuesto ó aceptado con satisfaccion la incorporacion ó anexion á la Confederacion Argentina de Rosas, aquella de la bandera con bonetes colorados? — Digo una y mil veces que no habría hecho tal don Juan Carlos Gómez. Conjetura por conjetura, paréceme, pues, que la mia es más fundada y más aceptable que la de nuestro ilustrado publicista.

Gracias sean dadas á la Providencia, que desligándonos en 1828 de la República Argentina, ó nos preservó de ser víctimas ó nos impidió hacernos cómplices ó cooperadores de una obra nefanda, y nos habilitó por ahí para poder salvar más tarde la causa de la civilizacion y de la libertad en el Rio de la Plata, sin lo cual ni los millares de argentinos escapados al cuchillo de Rosas, habrían

hallado asilo en nuestro territorio, ni muchos de los aquí presentes, colorados y blancos, blancos y colorados, existiríamos tiempo há, ni el doctor Gómez podría siquiera estar al habla con su país! Sí, mal que mal, es preferible deber nuestra independencía á Dorrego y Pedro I, á habernos visto uncidos, por malas ó por buenas, al carro de la tiranía más brutal y sanguinaria de los modernos tiempos. Esta es mi opinion, la misma que ahora 20 años expresé en Buenos-Aires al finado doctor Vélez Sarsfield, y que aquel ilustrado argentino halló justa y sensata.

Empero, señores, si los hombres y los Estados suelen tener más de un camino para llegar al término apetecido, más caminos aún tiene y conoce la Providencia para realizar sus altos fines, y bien pudiera ser que la que fué para nosotros senda de salvacion en lo pasado, fuera senda de perdicion en un futuro más ó ménos inmediato. Sí, bien puede ser que nuestra nacionalidad sea un hecho de carácter puramente transitorio, y que ella esté llamada á refundirse juntamente con otra en una nacionalidad más vasta, más poderosa y de más larga vida. Para que eso se verifique, sin embargo, todos tendrán que desandar una buena parte del camino andado, y algunos que hacen acto de contricion, y por sí mismos, no por interpuesta persona ó por boca ajena; pero nadie tendrá que desandarlo tanto, como aquéllos que no supieron conservar la integridad nacional, ni constituir la República sobre la sólida base de las instituciones democráticas, y que por una conducta incalificable nos empujaron á la segregacion, ó para emplear la frase del doctor Gómez, nos impusieron la independencía. Sí, mucho debemos á la República Argentina; pero mucho y mucho nos debe ella y bueno es que no olvide que su deuda aumentará en la misma proporcion en que puedan aumentar nuestros males.

Miéntas llega esa hora solemne, dejemos á cada uno en plena libertad para que busque la solucion del problema que más ó ménos á todos preocupa y agita, haciendo oscilar á no pocos entre el temor y la esperanza, y para que lo busque en el recogimiento de su espíritu, en las inspiraciones de su razon y su patriotismo, en las lecciones de la historia y de la experiencia de otros pueblos antiguos ó modernos, y en la discusion privada y pública, pues que todos tenemos en ello el mismo interes; y sobre todo, guardémonos bien de intentar amordazar ó de apostrofar de renegados y malos patriotas á aquéllos que, de acuerdo en cuanto á los fines, sólo discordan de otros en cuanto á los medios; porque el silencio

sólo aprovecha á los ignorantes y á los que no tienen razon, y la noche, como decia el periodista Truth al doctor Smith, no es el reinado de los bien intencionados.

El más afortunado, el mejor inspirado de todos, ya que no sea el más patriota, será aquél que dé con la solucion que asegure á nuestra patria la mayor suma de libertad, la mayor suma de dignidad, la mayor suma de gloria verdadera, la mayor suma de felicidad posible.

Nuestro ilustrado compatriota y mi amigo el doctor Ramírez ofreció noches há demostrar que contamos con los elementos necesarios para constituir una nacion independiente, libre, robusta y feliz. ¿Necesitaré decir, señores, que de todas las demostraciones que hacerse pudieran, ésa sería para mí la más halagüeña y lisonjera, la que más por entero colmaría los votos y las aspiraciones todas de mi corazon? Plegue á Dios que el doctor Ramírez sea más afortunado que yo, y que pueda cumplirnos su promesa al pié de la letra!

He dicho.

Palabras inaugurales

PRONUNCIADAS EN LA VELADA LITERARIA CELEBRADA EL 7 DE
DICIEMBRE DE 1881

POR EL PRESIDENTE DEL ATENEO, DR. D. PABLO DE-MARÍA

Señoras y señores:

Si nuestra vida actual es un desierto, felicitémonos de encontrar en estas amenas reuniones un oasis florido donde olvidar por un momento los dolores del alma.

En los dias de tormenta, los alados cantores de los bosques se esconden en sus nidos, pero en esos nidos, que se estremecen azotados por los vientos, ensayan quizá los melodiosos trinos con que han de saludar la luz del nuevo dia.

Poetas de esta tierra! en los dias de borrasca moral, buscad aquí un asilo, haced de esta tribuna el refugio de vuestro pensamiento libre; y conservando siempre la fe en el porvenir, á despecho de todas las decepciones, cantad tambien, ensayando los himnos con que tarde ó temprano saludan todos los pueblos la alborada de su regeneracion.

Pero ¿es útil la literatura? ¿Prestan quienes la cultivan algun servicio á la sociedad?

Distingamos.

La literatura cuyo objeto se reduce á copiar la realidad en todas sus manifestaciones, ya sean nobles ó ya sean repugnantes, sin tener en vista un ideal ni proponerse un fin de moralizacion y de progreso, puede ser un entretenimiento agradable, pero no es una enseñanza capaz de despertar en los corazones el culto de la virtud ni el amor á la abnegacion y á la gloria.

La literatura que yo concibo como útil y benéfica es aquélla cuyas obras son, no un deleite fugaz, sino un apostolado permanente; aquella cuyos cuadros, fieles, sí, y verdaderos, están vivificados por la concepcion de un ideal, y son, al mismo tiempo que

Ver 425

cuadros en que se retrata la vida de los hombres y de las sociedades con sus contrastes de flaquezas y de méritos, ejemplos de que surge una enseñanza provechosa, un estímulo para el cumplimiento del deber en la tierra, un consuelo para los corazones que sufren por ser honrados y ser justos, y un sosten para las conciencias que desmayan en la eterna lucha del bien con el mal.

Para mí la literatura debe ser un medio y no un fin; debe ser un instrumento que sirva para llevar al seno de las almas los ejemplos que educan y las ideas que ennoblecen.

Haced que la historia no sea más que la relación descarnada de los hechos pasados; desterrad de ella todo fin moral y todo criterio de justicia que discierna lauros á la virtud y anatemas al crimen, y la historia no será una ciencia, y su misión no será ya, como debe ser, una gran misión humanitaria.

Veréis desfilar las razas que poblaron y pueblan el mundo con sus costumbres, sus héroes y sus dioses; veréis elevarse y caer los imperios; veréis triunfos y derrotas, creaciones sorprendentes y destrucciones tremendas; pero del fondo de todo ese conjunto de hechos amontonados por la observación, pero no apreciados por la idea moral, no surgirá un principio que os ilumine, ni una lección que fortifique en vuestro espíritu la noción inmortal de la justicia.

Tácito en sus *Anales*, Plutarco en sus *Vidas paralelas*, procedieron de otro modo.

En esas obras imperecederas se aprende el amor á la gloria, el culto del heroísmo y el odio, el odio santo á los tiranos.

La revolución francesa del 89 fué rica en grandes y austeros caracteres fundidos en el molde de los héroes antiguos. Aquellos hombres que morían en aras de la libertad; aquellos apóstoles que subían al patíbulo entonando sonrientes las mágicas estrofas de la Marsellesa, eran las enseñanzas de Plutarco que se habían hecho carne.

Se puede pintar el vicio, sí, porque el vicio existe, pero debe pintársele para anatematizarlo.

En la época en que vivimos, la literatura tiene una alta misión que llenar.

En medio de la lucha de las escuelas antagónicas; en medio del choque de las ambiciones menguadas con los intereses honestos de la sociedad; conmovido en sus cimientos el edificio de las verdades morales, muchos espíritus dudan, muchos caracteres vacilan, y es preciso retemplarlos para que el bien no sea vencido, y para

que la corrupción, con su espantoso cortejo de ignominias, no lo invada todo, destruyendo hasta lo último que queda en el fondo de los corazones que sufren: la esperanza!

Para terminar esta breve alocución diciendo algo útil, voy á recordar una anécdota consignada en una de las obras de Pelletan que he leído hace tiempo y que casualmente en estos últimos días ha estado en mis manos.

El general norte-americano Jackson defendía la Luisiana contra los ingleses. Un periodista de Nueva-Orleans le dirigió una crítica sobre su manera de llevar adelante la campaña. Jackson, ofendido en sus pretensiones militares, redujo á prisión al periodista, pero éste hizo valer sus derechos ante el juez competente, quien le restituyó la libertad en nombre del principio del *habeas-corpus*. Entonces, Jackson se apoderó del juez y le desterró, declarándolo traidor á la patria. Al día siguiente, el mismo Jackson derrotaba al enemigo y se dirigía á Washington á recibir el premio de la victoria. Pero, mientras marchaba triunfalmente, cubierto de gloria, aclamado por la muchedumbre entusiasmada, un alguacil armado de una simple vara le detiene en medio de su espléndida apoteosis y le obliga á comparecer ante los magistrados á dar estricta cuenta del atentado cometido contra la inviolabilidad de un ciudadano; y Jackson, el vencedor, el héroe, se presenta ante la justicia, ocupa el banco de los acusados, oye su condenación y sufre la pena merecida.

En la gran República Americana no se atenta impunemente á la libertad de los ciudadanos. El derecho no es el vil juguete de la arbitrariedad ni de la fuerza. La ley impera sobre todas las cabezas, y ante el último de sus preceptos se inclina reverente y humilde, no sólo la espada sin gloria de los generales oscuros, sino también la espada victoriosa de los generales que han sabido ganar los galones que ostentan, derramando su sangre en defensa de la patria.

De la página de Pelletan que he recordado hace un momento, se desprende una enseñanza útil, un ejemplo edificante, ¿no es verdad? Pues de todos los trabajos de la literatura debería decirse lo mismo. Así la literatura, que es un poder, que es una fuerza, no sería estéril; puesta al servicio del bien, contribuiría á su triunfo; á su triunfo, que es y debe ser la suprema aspiración de la humanidad civilizada.

Dos literaturas opuestas se disputan la supremacía en los dominios del pensamiento contemporáneo:—la literatura que cree en

Dios y la literatura que lo niega. Jamás he pagado tributo á las exageraciones del misticismo; mi razon y mi conciencia son mi único evangelio; pero creo que no somos juguete de una alucinacion, que no somos presa de un fantástico sueño cuando nuestra alma, en su sed inextinguible de belleza, de verdad y de justicia, se remonta á esferas superiores y concibe la existencia de una soberana perfeccion.

Sin pertenecer á la escuela de Núñez de Arce, digo como él, que

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Y hasta la flor que en los sepulcros brota,
Todo exhala su nota,
Que en acordado son al cielo sube.

La química y la física históricas (1)

POR DON ISIDRO REVERT

SUMARIO—Los historiadores y los alquimistas.—Los fenómenos históricos deben estar sometidos á leyes.—Dificultades para establecerlas.—Carácter general de la ciencia moderna.—Objeto de la química y de la física naturales.—La química histórica.—Ejemplos de combinaciones en la química histórica.—Condiciones para que esas combinaciones se produzcan.—Las simples mezclas.—Leyes que rigen las combinaciones.—La física histórica.—Ejemplos de esta clase de fenómenos.—Leyes que los rigen.

La historia es una anarquía demagógica. Los historiadores modernos, salvo honrosas excepciones, se parecen á los viejos alquimistas. Esto no es una injuria: es la observacion de un hecho que viene produciéndose desde que existe la ciencia histórica. Los unos, los alquimistas, trabajaban en sus laboratorios, á manera de cavernas, sin darse cuenta de que existían leyes generales que regían la combinacion de los cuerpos; los otros, los historiadores, estudian los acontecimientos humanos sin darse cuenta de que existen leyes á las cuales están sometidos. Aquéllos procuraban extraer de sus hornillos la piedra filosofal; éstos, con el desconocimiento de que he hablado, se imaginan extraer de sus estudios el principio de la vida individual y de toda la vida humana. Los alquimistas sintieron que su imperio terminaba y que sus preocupaciones caían con estrépito, cuando todos esos hechos, por ellos observados, hicieron concebir la idea de una regularidad en los fenómenos; los historiadores que viven imbuídos en las viejas teorías, ó dominados por sistemas preconcebidos, sienten tambien que un imperio se les escapa de las manos y procuran vivamente conservarle á toda costa. Al hacinamiento de hechos químicos sucedió la sistematiza-

(1) Este artículo es el primero de una serie que pienso publicar sobre el mismo objeto. Ruego, pues, á mis lectores que no vean en él sino el vehemente deseo que tengo de descubrir la verdad en cuestiones tan complicadas como las cuestiones históricas.

cion ordenada, y al hacinamiento de hechos históricos se siente hoy la necesidad insaciable de que suceda un orden más regular. Entónces parecía como un sacrilegio la idea nueva que trastornaba toda la ciencia antigua, y hoy se presenta como una heregía á los ojos de los alquimistas históricos, esa aspiracion que se siente bullir y palpar en el seno de la ciencia histórica.

A pesar de todo, se siente necesidad de establecer para el estudio de la ciencia histórica principios más científicos que los existentes. Esa anarquía que reina en la apreciacion de los fenómenos, debe desaparecer. Cada escritor es una opinion y cada opinion un rayo divergente. Esto no puede ser de ningun modo un estudio que merezca el título de científico. Los hombres han sentido siempre la necesidad de establecer una regla fija en sus conocimientos, y si hubiera necesidad de presentar un hecho, recurriría á uno de los tiempos clásicos. Polibio, cuando escribió su historia de un modo más general de lo que hasta entónces se había comprendido, mereció por ese simple hecho las simpatías de todos los hombres de saber; hoy mismo está colocado en el número de los grandes historiadores. Pero la idea de fenómeno es correlativa de la idea de ley. Eso que se verifica en el orden físico, se verifica igualmente en el orden histórico. La historia es un amontonamiento de hechos; pero es tambien una sucesion de causas. Tomadas las sociedades en sus orígenes primitivos y recorriendo sus gradaciones hasta las alturas del siglo XIX, encontramos multitud de fenómenos que necesariamente deben estar sometidos á leyes fijas, puesto que hay muchos semejantes; es decir, que deben producirse en circunstancias análogas. Ha habido algunos que han intentado someter esos fenómenos á una sistematizacion rigurosa; si no han conseguido su objeto, no los despreciemos. Han abierto el camino, nos han iniciado en la nueva vida, y debemos creer que en la historia no reina, como por algunos se cree, un caos aterrador. Hubo un tiempo que en el orden físico se creía que existía ese mismo caos, y cuando querían dar una explicacion á ciertos movimientos regulares, tenían que acudir á causas sobrenaturales. No: si queremos estar á las alturas de nuestro siglo, no debemos asemejarnos á los antiguos alquimistas.

¿A quién se le ocultan las dificultades existentes para establecer esas leyes? A nadie. Entran tantas circunstancias en el problema, que debe estarse muy sobre aviso para no caer en errores graves; deben tenerse en cuenta tantos antecedentes, que la inteligencia hu-

mana parece como rebelarse cuando se la somete al estudio de esta clase de cuestiones. Los problemas son tanto más difíciles cuanto son más complicados. Esto, aunque no siempre es verdad, se acerca, sin embargo, á ella. A esa complejidad deben añadirse las dificultades de la observacion. En la ciencia histórica no sólo existen los diferentes elementos que entran en sus problemas: existe tambien, y eso es lo más grave, la dificultad de observar sus fenómenos, de imaginarse los sucesos históricos para estudiarlos bajo todos sus aspectos. El que no sepa ó no pueda abstraerse, no podrá tampoco estudiar la historia. Diferentes causas existen aquí que impiden la formulacion de sus leyes: la raza, la herencia, el medio ambiente, la actividad individual, y sobre todo la intervencion gubernativa que puede hacer que se produzcan fenómenos en oposicion directa con la naturaleza de los otros elementos sociales (1). Un solo ejemplo, tomado de la historia contemporánea, me bastará para demostrarlo. La Alemania es la cuna del individualismo y de la libertad social; hoy, bajo la accion de la monarquía prusiana, se introduce en el Gobierno el socialismo del Estado, accion completamente opuesta á la naturaleza íntima de la raza germánica.

Y es necesario á toda prisa que la historia entre dentro de los caracteres de las demas ciencias. Hoy la ciencia es notablemente distinta de la ciencia antigua, no tanto por la diversidad de fenómenos conocidos, sino por el fundamento mismo de esas ciencias. El carácter general que las distingue consiste simplemente en esto: en la introduccion de las leyes y en la observacion directa de las cosas; estos dos principios, que parecen tan sencillos, han sido el vapor de la inteligencia humana. En otros tiempos la teología estaba sobre todo el orden social; ha sido necesario abandonarla completamente para dar á los estudios modernos la amplificacion que hoy tienen; ha sido necesario que la teología vaya siendo para el hombre una antigualla, á fin de que éste haya podido desprenderse de ella y anegarse, por decirlo así, en la observacion de la naturaleza. Mientras esa preocupacion ó esa fuerza resistente ha dominado en las sociedades, éstas se han visto obligadas á aceptar como verdadera una ciencia completamente falsa. Otra consecuencia de esta separacion ha sido la observacion directa. En

(1) No quiero decir con esto que estos elementos de raza, etc. dejen de estar sometidos á leyes.

ningun caso progresarán los conocimientos humanos si éstos no son tomados de la naturaleza misma de las cosas; pero si los que se dedican al estudio se obstinan en cerrar los ojos, y establecen sus conclusiones en las regiones idealistas, han de arrojar por todas partes esas nociones de las cosas tan opuestas á la verdad. Pues bien: parece increíble y se tomará por una paradoja; pero en la historia domina todavía la teología. No se ha separado suficientemente como para entrar en la categoría de las ciencias modernas. Miéntas que por todas partes los métodos adoptados establecen cada vez convicciones más profundas y traen al comercio humano nociones nuevas, en la historia causa verdadero pavor el observar cómo la apreciación de los fenómenos cambia de paraje á paraje y de tiempo en tiempo, siendo difícil un criterio uniforme.

Para determinar convenientemente las relaciones que existen entre la física y la química naturales con las mismas ciencias aplicadas á la historia, será conveniente, aunque á algúien le parezca baladí, determinar el objeto que se proponen aquéllas. La química estudia la combinacion de los diversos elementos. Analiza las partes de que se compone un todo, y, por medio de la síntesis, recompone en su laboratorio esos elementos, separados por el análisis. De modo que, en último resultado, la química estudia lo que es, la naturaleza íntima de los cuerpos. Allí donde haya que investigar la composicion de éstos, allí está el campo de la química. La física estudia fenómenos, si puede decirse así, más palpables, más hirientes, que los fenómenos químicos. Todo lo que sea un cambio de posición, ó un movimiento en el cual permanece el cuerpo siempre el mismo, eso es del resorte de la física. Aquí la observacion se produce más fácilmente que en la otra ciencia. Por eso ha salido más pronto de la infancia y ha dejado observaciones más completas en los tiempos en que la química se confundía con la magia. En la química hay tambien fenómenos de movimiento; pero ese movimiento termina necesariamente con la existencia individual de los elementos que se ponen en contacto. De no ser así, serían hechos que estarían en otros dominios diversos. En la física el cuerpo debe ser y mantenerse siempre el mismo; no investiga la naturaleza propia de la cosa, sino su modo de ser, sus aspectos exteriores, los modos bajo los cuales se ofrece á nuestras miradas. Podría decirse que la química estudia el fondo, miéntas que la física estudia la forma de las cosas, esto es, lo que está. La importancia que la relacion íntima de estas dos ciencias tiene para el estudio de la materia, no hay necesidad de expresarla.

Hay un mundo moral, cuyos seres (1) tienen una existencia tan verdadera como los del mundo físico. Esta no es una observacion nueva, y está admitida por todos aquéllos que tienen un grado de cultura un tanto avanzada. Por otra parte, la sociedad tiene tambien una existencia real sometida á las condiciones generales de toda existencia. Ahora bien: si en el mundo moral existen esas realidades, necesariamente deben estar sometidas á lo que en el mundo físico se llama *leyes de combinacion*, las cuales deben producirse en condiciones determinadas. Y aquí entra la química histórica. Para mi objeto no tengo necesidad de engolfarme en el estudio de las razas y en sus condiciones, ó mejor dicho, en su idiosincrasia moral. No tengo necesidad tampoco de entrar á probar que unas razas son más ó ménos aptas para ciertas combinaciones químicas. Así me sería fácil hacer constatar que en Roma jamas hubiera nacido el individualismo, y por consiguiente jamas se hubiera gozado de la libertad en el sentido propio de la palabra. Así Francia, abandonada á sí misma, no será nunca católica, y no podrá arraigarse en su espíritu esa tendencia religiosa. Pero esto no entra en mi objeto. Que existe una química histórica, se oye generalmente hasta en las conversaciones diarias. Analicemos, se dice frecuentemente, tal suceso histórico, y podremos determinar con facilidad los elementos de que se compone. Tal transformacion recogida por la historia no es sino un precipitado de tales elementos puestos en contacto. Estas no son metáforas; estas frases vulgares tienen un sentido profundamente científico. Dos ideas puestas en contacto, ó dos pueblos, uno de los cuales dominó sobre el otro, han dado nacimiento á una nueva teoría, ó á una nueva generacion que vendría á ser lo que un compuesto binario en la ciencia química.

¡Cuántos ejemplos podrían presentarse de estas combinaciones! Los hechos capitales de la historia reasumen en sí mismos, por lo general, el trabajo lento de muchas generaciones. Así me bastará tomar algunos de esos hechos fundamentales para probar mi tésis. En el cristianismo encontramos perfectamente caracterizada esta combinacion de elementos. Por una parte tenemos la civilizacion griega; por la otra, la civilizacion judía. Estos trajeron la idea fundamental: la unidad de Dios; los otros trajeron la segunda idea: el Verbo; y el desarrollo de la filosofía griega fué al propio tiempo el desarrollo del cristianismo. La moral cristiana es la moral

(1) Entiendo por sér todo lo que es.

de los filósofos helénicos; las doctrinas de Platon fueron tomadas por los judíos de Alejandría y agregadas al dogma cristiano. La universalidad de esa revolucion religiosa está tomada de los escritores helenos. El carácter nacional del Dios judío fué abandonado bajo el influjo de las concepciones universales de los escritores griegos. Otro hecho culminante: la formacion de las nacionalidades en el siglo XV. Dos elementos fundamentales entran en la produccion de este fenómeno: el recuerdo y las tendencias del espíritu romano y el divorcio entre la Iglesia y el Estado. Por el primer elemento la division feudal dejaba lugar á la constitucion de la nacionalidad; por el segundo elemento se rechazaba el poder absorbente de la Roma pontificia, por lo que los reyes observaban una política fundada en los intereses de las naciones, cuyos órganos eran, aunque imperfectos. Estas dos tendencias, ó estos dos elementos combinados, trajeron un nuevo cuerpo al órden histórico: la formacion de las nacionalidades.

¿Qué condiciones deben llenar las combinaciones históricas para su realizacion? No basta en la naturaleza que los elementos se pongan en contacto. Pues idéntica cosa sucede en la historia: las ideas, orígenes de esos acontecimientos que conmueven frecuentemente los pueblos, deben, como condicion esencial, ser de naturaleza semejante ó de tendencias análogas. A esto podría llamarse su afinidad. Dos ideas se combinarán cuando favorezcan las aspiraciones del hombre ó de la sociedad, teniendo en cuenta que esa aspiracion ha de ser, ó un movimiento hacia el porvenir ó un movimiento hacia el pasado. Dos ejemplos pondrán en evidencia este pensamiento: la monarquía y el catolicismo son dos instituciones, ó dos ideas con afinidades aptas para combinarse. ¿Qué es la monarquía? La dominacion absoluta, aunque hoy esa dominacion se encuentre en la mayor parte de los pueblos limitada por la democracia; la idea ó la institucion católica, es tambien una dominacion absoluta. Por eso estas dos instituciones han seguido siempre paralelas, ó más bien, han venido á confundirse buscando en todas circunstancias su recíproco apoyo, y cuando las condiciones históricas lo han permitido, en la cúspide de la sociedad, gobernando y dirigiendo á los hombres, tanto bajo su aspecto político como bajo su aspecto religioso, se ha visto un papa-rey, ó un rey de derecho divino. Podemos observar hoy mismo cómo la tendencia católica pretende llevar la sociedad á los tiempos en que los Gregorios dirigían el mundo. Hé aquí dos ideas que por no tener las mismas

tendencias no tienen tampoco afinidades de combinacion (1): la filosofía y la religion católica. ¿Hay necesidad de exponer hechos históricos para constatar esta divergencia y para probar que, cuando mucho, sólo estarán en el estado de simple mezcla? Pues todos los siglos medios son pruebas acabadas. Cuando la filosofía penetró en las escuelas, la religion católica declinó; cuando la filosofía penetró en las iglesias, los dogmas y los misterios católicos bambolearon; precisamente porque la una representa la estabilidad y el absolutismo, mientras que la otra representa el movimiento y la democracia.

¿Cuándo los elementos sociales estarán en el estado de simples mezclas? Cuando no hayan sido alterados fundamentalmente, dando lugar á un nuevo elemento. Yo podría señalar hombres de nuestra sociedad (2), los cuales presentarían ejemplos de simples mezclas; pero por no herir susceptibilidades, prefiero tomar uno, entre varios, de un excelente libro publicado por Lucio V. Mansilla y titulado *Una excursion á los indios Ranqueles*. Narra una ceremonia religiosa dirigida por unos sacerdotes que iban en su compañía. Multitud de indios se decían cristianos; otros presentaban sus hijos al bautismo; y parece, á simple vista, que los que oían con tanto recogimiento la misa, fueran verdaderos católicos. A pesar de eso, su vida desmiente esta sospecha. Sus costumbres privadas, sus relaciones externas, el conocimiento de todo lo que constituye el órden social, todo eso es de verdaderos salvajes. ¿Qué papel hace el catolicismo en esa sociedad embrionaria? ¿Se ha combinado con alguno de los elementos existentes? De ninguna manera. Si hay alguna idea cristiana, ésa permanece aislada; no ha podido dar sus frutos, no ha podido constituir nuevo elemento, porque para que el catolicismo entre en las relaciones sociales, en edades históricas tan primitivas como ésa, deben existir otras circunstancias aptas para la combinacion.

Que es difícil fijar las leyes de la química histórica, podrá comprenderlo todo aquél que no haya hecho más que saludar la historia; y más aún aquél que haya hecho estudios un poco profundos

(1) La idea que expresa esta frase, será desarrollada en un artículo posterior.

(2) Al decir *nuestra sociedad* tengo en cuenta las libérrimas doctrinas constitucionales admitidas en el aula respectiva de la Universidad, y sostenidas inteligentemente y con superabundancia de razones por el catedrático. Dr. Aréchaga.

en esta materia. De todos modos, en medio de todo ese *maremagnum* de acontecimientos, se pueden distinguir claramente estas dos leyes. La primera podrá formularse así: *Cuando los elementos son semejantes, el fenómeno histórico de combinacion se produce.* Aquí se podría echar mano de toda la historia para verificar la verdad de esta ley. Lo que pasa en los sucesos políticos que se desarrollan á nuestra propia vista, es un argumento que no deja lugar á dudas. No se produce ningun fenómeno histórico, sino á condicion de que llene estas cualidades. La segunda ley se formularía de este modo: *Los elementos que han de producir el fenómeno histórico de combinacion están siempre en la misma proporcionalidad.* Si tomamos el caso de la formacion de las nacionalidades en el siglo XV, observaremos que esta ley es perfectamente aplicable. Se comprende que no son éstas las únicas leyes que rigen la química histórica. La oscuridad del problema, la imposibilidad de encerrar en un laboratorio el objeto que se estudia para observar su marcha, las diversas transformaciones que sufre, y sobre todo, la imposibilidad de producir á nuestro antojo esos fenómenos, hacen que hasta hoy permanezca todavía embrionaria la ciencia histórica.

Si la química histórica permanece tan oscura y es por naturaleza tan difícil para el estudio, no sucede lo mismo con la física histórica. Aquí los fenómenos se nos presentan más claros y evidentes; pueden seguirse mejor sus diversas modificaciones, estudiar con más propiedad las relaciones mutuas, estableciendo las leyes á que están sujetas. Tenemos, además, una cantidad más numerosa de conocimientos difundidos en todas las esferas sociales, y algunas convicciones formadas á este respecto. Esta parte de la ciencia, puede decirse que no espera sino una organizacion que sustituya al desorden un tanto anárquico que reina en sus dominios. A la simple enunciacion de ciertas ideas, se comprende inmediatamente que existe esta física histórica. Tal nacion, óimos frecuentemente, ejerce influencia sobre tal otra en el orden científico. Tal individuo ha comunicado una nueva direccion á las tendencias de los hombres de ciencia en un orden determinado de conocimientos. Un fenómeno se produce en un Estado, y al poco tiempo se produce otro con los mismos caracteres en un Estado más ó ménos lejano. Las grandes poblaciones ejercen un gran poder de atraccion sobre todos los individuos. Los grandes Estados trazan la órbita en la cual giran los Estados de un orden inferior. Hay,

en el sentir vulgar, un equilibrio entre los poderes de las naciones y entre el poder de las instituciones internas de una nacionalidad; estas mismas se nos presentan bajo diferentes aspectos y en sentidos opuestos. Estas frases vulgares, este sentir comun, nos pone de manifiesto que hay una creencia íntima de la existencia de la física en el orden histórico. Los fenómenos verdaderos á que se refieren esas frases, nos demuestran su valor científico.

Hay algunos ejemplos que la historia nos ofrece con su prodigalidad acostumbrada. Es un hecho evidente, y que se manifiesta en todos los momentos históricos, el siguiente: los grandes centros ejercen sobre los pequeños un gran poder de atraccion. En la historia antigua puede tomarse á Roma como tipo. La vida del Imperio, es verdad, no toda estaba allí; pero ejercía tal fuerza atractiva sobre las provincias y sobre todas las ciudades italianas, que parecía iban á confundirse con ella. Todas querían imitar la vida romana, y todas ellas aspiraban á los privilegios de la capital. Si el Imperio hubiera podido vivir dentro de Roma, hubiera vivido de buen grado. Los provincianos no eran gente ilustrada, no tenían aptitudes para desempeñar los puestos públicos, no eran, en fin, gente de trato social, si no habían pasado por la Capital del mundo. La famosa frase *civis romanus sum*, es la síntesis de esta atraccion enorme, que se ejercía hasta los últimos límites del Imperio. Otro ejemplo: los grandes hombres, como las instituciones notables por sí mismas, ó triunfantes por ciertas razones históricas, determinan dentro de una época dada, la direccion de la actividad humana, y por lo mismo, la direccion de los cuerpos sociales. La monarquía absoluta de Luis XIV produjo ese fenómeno físico. La brillantez y fastuosidad de la corte de Versalles orijinó una especie de manía imitadora en las cortes europeas. Todos querían seguir las huellas de Luis XIV; todos se proclamaban reyes absolutos, y todos querían tener su Versalles. Hasta los principillos alemanes, queriendo imitar al rey frances, no hacían sino su caricatura; hasta donde ménos podía esperarse, en Inglaterra, se encontró una dinastía y una nobleza que seguía los mismos movimientos de Luis XIV.

La conocida ley del progreso no es sino una relacion física entre los cuerpos sociales, ó una modificacion de los mismos cuerpos. Hay tambien otra ley que podría expresarse por la siguiente fórmula: *El despotismo está en razon directa con la masa de la*

poblacion (1). Es claro que en este caso no debe entenderse por despotismo la persona del que ejerce la fuerza social: debe comprenderse la institucion, la fuerza despótica en sí misma, y de este modo nos formaremos una idea clara de la verdad de esta ley. Ya sean los imperios como el imperio ruso, ya sean las repúblicas como la república paraguaya en los tiempos del Dr. Francia, la universalidad de esta ley comprende estos dos extremos. Otra ley podría formularse así: *Los cuerpos sociales se atraen en razon directa de su importancia*. El desarrollo y la verificacion de esta ley puede hacerse en todas las épocas de la historia; la Edad Media, sobre todo, presenta ejemplos numerosos y de fácil comprension. ¿Por qué el imperio chino con sus cuatrocientos millones de habitantes está relativamente tan separado del movimiento humano? ¿Por qué todas las miradas se fijan hoy en cinco ó seis naciones de primer orden? Lo repito; es necesario que los historiadores entren por los nuevos rumbos que la ciencia moderna les abre, si no quieren quedar estacionados en medio del progreso universal.

Que no se diga que, mientras en las demas ciencias, los hombres se acercan á la verdad, en la ciencia histórica se contentan con declamaciones, tomándola simplemente como una parte de la elocuencia.

Segun puede observarse, todo lo que antecede es susceptible de un desenvolvimiento en más alto grado. Puede considerarse sin exageracion como simples apuntes para un libro.

Montevideo, Diciembre 26 de 1881.

(1) Esta ley pertenece al Sr. Arechavaleta. El 24 de Agosto último departamos sobre asuntos sociales y tuve la intima satisfaccion de conocerla.

Los habitantes de la Tierra de Fuego en el Jardín de Aclimatacion

POR GIRARD DE RIALLE

(Traducido de la «Revue Scientifique de la France et de l'Étranger»
para los «Anales del Ateneo»)

En el número de los pueblos, ó más bien dicho, de los grupos humanos colocados en los últimos grados de la escala de la civilizacion, pueden ser contados sin injusticia á su respecto los habitantes del archipiélago situado en el extremo Sud del Continente Americano, entre el estrecho de Magallanes y el temible océano que azota al Cabo de Hornos con sus olas formidables, — ó sean los indígenas de la Tierra de Fuego, nombre que se dá á aquel archipiélago. Se les ha llamado Fueguinos porque su patria es designada igualmente con el nombre de Tierra de Fuego por los hispano-americanos de Chile y del Plata. — Bougainville, en el siglo último, en su bello viaje alrededor del mundo, les llamó *Pecheres*, “porque, dice, fué ésta la primera palabra que pronunciaron al acercársenos y que sin cesar repetían.” En realidad, estos desgraciados salvajes, cuyo lenguaje no se conoce, y que parecen no haber llegado al estado social caracterizado por la constitucion de la tribu, no tienen denominacion étnica, y desaparecerán (no pasan del número de 300, segun se asegura) sin haber tenido jamas, ni aún en la forma más rudimentaria, una existencia nacional. Llámosmoslos, pues, *fueguinos*, como se hace de ordinario, y pasemos al exámen de sus caracteres etnológicos.

Lo que primero llama la atencion del observador, en presencia de los fueguinos del Jardín de Aclimatacion, es el aspecto sud-americano, — permítasenos la frase, — de su fisonomía general. — Cualquiera que haya considerado con alguna atencion los tipos andinos, sea en sí mismos ó en fotografías, no podrá dejar de reconocer la sorprendente semejanza que hay entre los fueguinos y los

Quichuas del Perú ó los Aimarás de Bolivia. — Parece, pues, indudable, que los unos y los otros provienen de un tronco comun; — pero, mientras que los Quichuas y los Aimarás, colocados en mejores condiciones de desenvolvimiento social, ó enérgicamente impulsados adelante por una influencia civilizadora extraña y desconocida, llegaron á un grado de cultura bastante elevado, los antepasados de los fueguinos permanecieron en su estado casi primitivo. — Expulsados por algun misterioso acontecimiento de la comarca más próspera que debió ser su morada originaria; arrojados sin duda bajo el clima inhospitalario de la triste y estéril Tierra del Fuego por las razas nómades, belicosas y atrevidas de las Pampas sud-americanas, por los Patagones, por ejemplo, que son todavía hoy sus enemigos y sus opresores hereditarios, aquellos infortunados indígenas experimentaron una especie de degeneración, convirtiéndose en los salvajes miserables y abyectos que hemos tenido ocasion de conocer.

En su estado actual y tales como los vemos en el Jardín de Aclimatacion, los fueguinos están léjos de figurar con ventaja en la lucha por la existencia. Bajo el punto de vista sociológico, como lo hemos dicho más arriba, no se reúnen en tribus; forman sólo algunas pequeñas aglomeraciones de individuos que cazan y pescan juntos, pero que no están unidos por ningun vínculo social. Los once indígenas que han sido exhibidos en Paris, forman uno de aquellos grupos, y su conductor asegura que el hombre de más edad que los otros que se encuentra entre ellos, no es un jefe; y que no se puede saber si las mujeres que hacen parte de la banda, son las esposas de éstos ó aquéllos, ó si viven todos en completa promiscuidad. Se ignora igualmente la filiacion paterna de los niños de más ó ménos edad, que figuran en el grupo. Es al más fuerte, naturalmente, que están sometidas las mujeres, convertidas así en sus esclavas. Son para ellas los trabajos más penosos; llevar las cargas, buscar las conchas de moluscos, recojer las bayas y los hongos, mantener el fuego, remar en las piraguas ó ir á nadar bajo el frio y la lluvia, á agotar el agua que se ha acumulado en las mismas. (Bougainville, *Viaje alrededor del mundo.*)

Cuando se trató de fotografiar el grupo del Jardín de Aclimatacion, los preparativos de la operacion y el aspecto del objetivo, les causaron un verdadero terror, que fué difícil disipar. El más anciano de los hombres del grupo, el que ejerce sobre él una especie de autoridad bastante vaga, no consintió en sentarse sino colocado

detrás de las mujeres, con las cuales se hacía así una muralla contra el peligro que sospechaba podía existir en el aparato fotográfico. En fin, cuando las fueguinas son viejas y el hambre acosa cruelmente á aquellos tristes indígenas, se las mata para comerlas, al paso que se economizan y conservan los perros, porque éstos animales sirven para coger las nutrias, y las mujeres viejas no sirven de nada, como lo decía con una ingenuidad feroz, el jóven interrogado por Mr. Low: — “El jóven contó en seguida la manera como se procede para matarlas. Se las tiene sobre el humo hasta que estén sofocadas, y describiendo este suplicio, imitaba riendo los gritos de las víctimas ó indicaba las partes del cuerpo que se consideran como las mejores.” — (Darwin, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo.*)

Se afirma que una de las mujeres del grupo del Jardín de Aclimatacion roía una tibia humana en el momento en que ella y sus compañeros fueron encontrados por la tripulacion del buque que los ha trasportado á Europa. Cualquiera que sea la veracidad de este último detalle, los fueguinos no deben ser considerados como caníbales inveterados. Si ciertos casos de antropofagia se manifiestan entre ellos, es sólo cuando el hambre los acosa demasiado rudamente, y no matan á uno de entre ellos para comerlo sino en circunstancias análogas á aquéllas en que europeos sitiados ó naufragos han solido hacer otro tanto. En la Tierra de Fuego no pasa nada semejante á esas grandes hecatombes humanas, á esos banquetes espantosamente refinados en que los naturales de las islas de Fidji se regalan con la carne de sus esclavos y de sus prisioneros, preparada de cien modos diversos para halagar su sensualidad, su glotonería; — nada de semejante tampoco á esas expediciones de los Nyam-Nyans y de los Mombutus del centro del África, que, á pesar de poseer numerosos rebaños y campos fértiles y bien cultivados, van á atacar las poblaciones de sus vecinos, vociferando como grito de guerra: “¡Carne! ¡Carne!”

El fondo de la alimentacion de los fueguinos es de los más miserables: el país lúgubre que habitan, húmedo y frio, produce pocos vegetales comestibles: cierta yerba amarga cuya flor se asemeja á la de nuestros tulipanes (P. Nyel, *Cartas edificantes*, 1705), la baya de un arbusto enano y un hongo parásito de la haya (Darwin): he ahí todo lo que una tierra ingrata les ofrece. Bajo aquel clima en que la temperatura varía solamente entre + 10 y - 1° centígrados, segun Darwin, es indispensable una alimentacion más

fuerte y sustancial, y es al mar donde los fueguinos van á buscarla. Aquellos indígenas son esencialmente ictiófagos; el pescado hace sus delicias, y cuando lo comen, lo que no le es fácil, puesto que no tienen redes y las líneas de pescar que poseen son lo más rudimentario que puede concebirse, no se toman á menudo el trabajo de hacerlo cocer: lo comen crudo y casi vivo aún. (Wallis).

Pero, para ellos, la buena, la excelente, la maravillosa fortuna llega cuando alguna ballena muerta viene á encallar en la costa; entónces, la banda dichosa que tiene la suerte de hacer este descubrimiento, se arroja sobre aquella masa de carne, la devora, se harta ávidamente de ella, olvidando en ese festín de carne, putrefacta la mayor parte de las veces, las angustias de un hambre que por lo general nunca es aplacado. Sin embargo, los fueguinos, se asegura, tienen la prevision de hacer reservas para los malos tiempos; entierran en la arena grandes pedazos de ballena, y en tiempo de escasez vuelven á buscar aquel alimento desagradable, en estado absoluto de descomposicion. Pero no tienen con frecuencia buenas fortunas semejantes, y el alimento cotidiano de aquellos indígenas consiste principalmente en moluscos. Los del Jardín de Aclimatacion pasan el tiempo en comer almejas que se les distribuyen con abundancia; las esparcen sobre las cenizas calientes de su hogar, y una vez que se abren, rompen el molusco. Como todos los comedores de mariscos de concha, tienen los dientes gastados desde temprana edad, como lo prueban las mandíbulas de los adolescentes y de la jóven del grupo que hemos examinado. Cazan también la nutria, la foca, el perro marino, y en las regiones vecinas de la Patagonia, la vicuña ó guanaco; pero, á pesar de su destreza en el tiro del arco, la escasez de esos animales no les permite contar mucho con tales cacerías para variar y, sobre todo, fortificar su alimentacion.

De los citados mamíferos es que sacan los elementos de sus trajes, muy simples por cierto. Los mejor vestidos son los que pueden disponer de pieles de guanaco. Este es el caso de los del Jardín de Aclimatacion, que se envuelven en sus capas de cuero, poniendo el pelo una vez para dentro y otras para fuera. Pero en la Tierra del Fuego los hay más miserables, que no tienen para cubrirse en aquel país lluvioso y donde nieva con frecuencia, más que una pequeña piel de nutria que se ponen sobre las espaldas y con la que abrigan la parte de su cuerpo más espuesta al lado de donde viene el viento. A pesar de esta lamentable pobreza, los fue-

guinos tienen el gusto del adorno:—sin hablar de la alegría experimentada por los del Jardín de Aclimatacion al adornarse con cintas de color brillante y con bujías de vidrio dadas por los visitantes, diremos que entre ellos, en su país, si bien la práctica de picarse y pintarse el cuerpo no está muy desarrollada, sin embargo, goza de bastante estimacion la costumbre de embadurnarse de negro, de blanco y de rojo. Se fabrican collares y brazaletes de plumas, de barbas de ballena y de conchas.

En cambio, el arte de la construccion permanece, por decirlo así, ignorado en la Tierra de Fuego. Las habitaciones de los indígenas, á pesar de la rudeza del clima, no son ni siquiera chozas, sino solamente cunas de follage orientadas de modo que la parte ménos mal cerrada se halle contra el viento; se enciende el fuego en la abertura, y se amontonan allí mezclados los indígenas, apretándose los unos contra los otros para sentir ménos los efectos del frio.—Los fueguinos no son, por otra parte, sedentarios; vagan famélicos á lo largo de las costas, buscando sin cesar un lugar rico en pescados ó en moluscos, que abandonan despues de haberlo agotado. En sus emigraciones, navegan más que lo que caminan y es rarísimo que osen aventurarse á cruzar el mar inclemente de aquellas regiones, en las pobres embarcaciones de que están provistos. Para tener una idea de ellas, figurémonos unas largas y malas piraguas de corteza de árbol, cuyos pedazos están unidos y como cosidos con juncos; trozos de madera torcidos en semi-círculo hacen las veces de cuerdas y mantienen en lo posible la forma grosera de la embarcacion, cuyas juntas están calafateadas con musgo y arcilla. En el medio de la piragua, sobre un lecho de guijarros y de arena húmeda, arde el fuego, que cada banda fueguina se guarda bien de nunca dejar apagar y que trasporta cuidadosamente con ella ó que alimenta, como lo hace la del Jardín de Aclimatacion, en un gran tronco que lentamente se consume.

No puede decirse que esos salvajes ignoren el arte de hacer fuego; pero en su patria brumosa y fria, la extincion del hogar es una verdadera calamidad, pues la dificultad de volver á encenderlo es grande á causa de no encontrarse frecuentemente madera no mojada, ni hojas secas.

El gran viajero Cook cuenta que los fueguinos emplean para producir el fuego, el método de percusion, en vez del de frotamiento, que es el usado por los salvajes de los climas cálidos. Golpean dos piedras sobre un monton de musgo seco ó sobre una

pulgarada de plumas muy finas que guardan para este fin y que les sirven, así, de yesca. Es, según parece, más bien á la frecuencia de las hogueras encendidas así por los indígenas á lo largo de las costas de su archipiélago, que á la existencia de volcanes, á lo que se debe que aquella comarca haya sido llamada Tierra de Fuego por los primeros navegantes que la visitaron.

El mobiliario de los fueguinos no es más perfecto que su traje; se compone de algunas canastas ligeramente tejidas de juncos, que sirven para llevar sus conchas y sus hongos; de vasos de corteza cosida como sus piraguas y de sus armas y útiles. En materia de armas, poseen hondas, así como arcos bastante cortos y de una considerable curvatura, de los que se sirven con mucha destreza; sus flechas, conservadas en sacos de piel de foca, están provistas de puntas de vidrio de botellas que obtienen de los marineros europeos y que arreglan hábilmente por medio de pequeños golpes y de numerosos recortes, según un procedimiento más ó ménos análogo al que los arqueólogos que se ocupan de las épocas pre-históricas llaman "solutrén". Este arte de la talla del vidrio en punta de flecha parece no ser reciente entre los fueguinos; no es, en verdad, más que la aplicación á una materia nueva de un procedimiento empleado para labrar la obsidiana, que es una especie de vidrio natural producido por la acción volcánica, aún en actividad en la Tierra del Fuego. Es igualmente con puntas de vidrio ó de obsidiana con lo que arman ciertos pedazos cortos de madera con un puño, y que casi pueden llamarse puñales. Como el hombre cuaternario, el fueguino emplea siempre los huesos de los animales en la fabricación de sus instrumentos; es así que tienen cuchillos de hueso que nos hacen el efecto de raspaderas para la preparación de los cueros, y arpones de dos ó tres metros, cuyas largas y barbadas puntas son también de hueso.

A pesar de su salvajismo y de la posesión de un cierto número de armas, aquellos indígenas pasan por seres de una gran mansedumbre; si libran algún combate entre ellos, es bien raramente y entre dos bandas que usurpen su territorio respectivo. Los del Jardín de Aclimatación son muy dóciles y no causan ningún trabajo por indisciplina. Hablan poco y en un tono muy dulce y muy bajo, sin mover casi los labios, pues las palabras son apenas articuladas en la laringe y en la parte posterior de la boca. Su inclinación á la imitación ha sido señalada por todos los viajeros y nosotros hemos podido observarla en el Jardín de Aclimatación: no

lójos del recinto donde los fueguinos estaban acampados, se encuentra el gran estanque de los cisnes y de los patos; un cisne de los llamados trompetas se puso á lanzar gritos que parecían un toque de clarín, sin que nosotros diésemos al hecho ninguna importancia, cuando de repente el mismo sonido se dejó oír á nuestro lado: era uno de los indígenas, que tranquilamente, sin moverse, sin salir de su posición acurrucada, se entretenía en imitar al cisne.

Un detalle característico de su estado de inferioridad es su manera de beber. En vez de llevar el vaso lleno de agua á sus labios y hacer pasar el líquido á la garganta, se inclinan sobre el cubo y aspiran lamiendo el contenido. Hemos visto á una de las mujeres madres, del grupo del Jardín de Aclimatación, conservar en la boca el agua así absorbida, y, para hacer beber á su hijo, echársela en la de éste.

El espectáculo que nos han ofrecido estos indígenas es, pues, de los más instructivos. La población parisiense ha podido estudiar directamente, al natural, al hombre primitivo, y hacerse así una idea de lo que fueron los primeros pasos de la humanidad (1),— pues como lo hemos dicho más arriba y como lo habíamos ya escrito anteriormente (*Los pueblos del Africa y de la América*, pág. 134), "pocos pueblos nos representan mejor que los fueguinos lo que debieron ser los hombres cuaternarios."

(1) Mr. Abel Hovelacque acaba justamente de dar á luz un libro en el que, siguiendo el método inaugurado por Sir John Lubbock, trata de reconstruir el estado del hombre primitivo antiguo, por medio de los datos suministrados por el estudio del «hombre primitivo contemporáneo».

Aunque no podamos adherirnos á ciertas teorías de M. Hovelacque, que nos parecen tener un carácter demasiado absoluto, no por eso dejaremos de recomendar ese libro (*Les debuts de l'humanité*), que contiene, respecto de lo que queda de salvajes verdaderamente salvajes en nuestro globo, detalles de los más interesantes, y noticias tan completas como es posible darlas.

Los exámenes de las Escuelas Públicas

POR EL DR. D. EDUARDO ACEVEDO

Los que hemos sido educados bajo la influencia de los antiguos sistemas de enseñanza apenas podemos darnos cuenta de la reforma colosal que se ha realizado en las escuelas públicas durante los últimos años. Una dolorosa experiencia habia grabado en nuestro cerebro la idea de que la escuela era un establecimiento incómodo y falto de atractivos, en donde debíamos resignarnos á pasar los primeros años de la vida en cumplimiento del gran sacrificio que nos imponían nuestros padres; y esperábamos con impaciencia los días de fiesta y las vacaciones para alejarnos alegres de aquel sitio de tortura y dar siquiera una hora de expansion á nuestro abatido espíritu y un instante de trégua á nuestras cansadas fuerzas. La enseñanza habia llegado á atormentarnos tanto que en la clase, mientras el profesor nos explicaba ó el alumno repetía automáticamente la lección, nos moríamos de fastidio ó prescindiendo de las tareas escolares, dejábamos que nuestra imaginacion remontara su vuelo y fuera á buscar á otras esferas mas al alcance de nuestra naturaleza, los entretenimientos que faltaban al estudio.

Los exámenes eran una nueva farsa y un nuevo motivo de aburrimiento para los alumnos. La misma rutina de preguntas y respuestas aprendidas maquinalmente de memoria sin que el niño se diera cuenta de lo que se le hacia repetir y sin que sus facultades mentales hubieran tenido ocasion de ejercitarse y vigorizarse en el trabajo; el mismo cansancio, el mismo fastidio para el pobre alumno, que bostezaba sin cesar frente á sus verdugos los examinadores deseando que el sacrificio terminara, á fin de poder entregarse libremente á los ejercicios propios de su edad. Entre los muchos ejemplos que podríamos citar, hay uno especialmente que dá idea del grado de atraso en que se encontraban nuestras escuelas y del espíritu retrógrado que predominaba en la enseñanza—"Hemos sido testigos, dice el Sr. Romero, de un examen de Historia Sagrada en

el que el maestro examinador empezó el examen con esta pregunta: ¿Qué sucedió despues? Nosotros lo miramos, no comprendiendo que semejante pregunta pudiese racionalmente hacerse sin ir acompañada de alguna otra explicacion que diese á conocer despues de cuál acontecimiento queria saberse lo que sucedió. Pero, el maestro, imperturbable, volvió á repetir la pregunta, mostrando extrañeza que el niño no supiese lo que sucedió despues. De súbito, como si un relámpago lo hubiera iluminado, exclamó el niño: "Subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios padre;" y el maestro satisfecho de su ciencia y de la ciencia del examinando siguió el examen haciendo idénticas preguntas á los otros."

Y no es decir que ese caso fuera escepcional. Habia maestros buenos indudablemente; pero eran escasos, y el personal docente se reclutaba con elementos tan ignorantes que era natural y necesario que la enseñanza se mantuviera á un nivel muy bajo. Los exámenes de maestro ante el Instituto de Instruccion Pública habian adquirido fama por la supina ignorancia de la mayor parte de los examinandos.

Sabido es que los estudiantes de la Universidad, se congregaban en el salon de exámenes para reirse de los disparates en que incurrian los aspirantes á maestros. Cierta dia un maestro rendia su prueba ante la Comision del Instituto. Disertaba sobre astronomia. A uno de los miembros de la mesa, persona que ha ocupado altos puestos en la Instruccion Pública, le ocurrió interrogar al examinando sobre la posicion de la tierra con respecto á los demas astros—Vd. sabe, le dijo, que los antiguos creian que la tierra estaba inmóvil y que los demás astros giraban á su alrededor, en tanto que los modernos aceptan un sistema diametralmente opuesto. ¿Cuál de las dos doctrinas le parece á Vd. mas exácta? El examinando sin inmutarse declaró gravemente que á su juicio la opinion moderna era la única aceptable y científica. Pero, entónces, como se explica, le objetó el examinador, que los hombres se mantengan con la cabeza hacia abajo en el espacio y que las casas no se derrumben durante el movimiento de la tierra? El examinando consideró que el problema era insoluble para la teoria moderna y con la misma gravedad con que antes habia dicho, que la tierra se movia exclamó: Es cierto, señor, los antiguos tenían razon.

Qué espectáculo tan distinto ofrecen actualmente las escuelas públicas! En vez de los agentes pasivos de otra época, que bostezaban

ban delante de la mesa examinadora y llevaban la cabeza caída sobre el pecho reflejando su semblante el sufrimiento y el fastidio, el público todo ha visto en los exámenes que acaban de terminar, niños llenos de vida y entusiasmo, ansiosos de resolver problemas y llegar al descubrimiento de un nuevo hecho ó una nueva ley, respirando alegría mientras eran interrogados, y llorando de desesperación cuando el presidente, después de largas horas de ruda labor, anunciaba la terminación del examen. El público ha visto más todavía: ha visto que el aprendizaje inconsciente y de memoria, de reglas inútiles y oscuras, ha sido reemplazado por una serie de ejercicios graduados, con ayuda de los cuales el alumno comienza desde las clases inferiores, á darse cuenta de todo lo que le rodea, ensancha sin cesar los horizontes de su inteligencia, y llega finalmente, en las escuelas superiores, á adquirir una masa enorme de conocimientos, de esos que no se borran jamás, porque han sido adquiridos mediante esfuerzos propios del alumno y no por un simple acumulamiento de ideas transmitidas por el maestro. ¿A qué se debe el cambio? Nada tan fácil de explicar. En otros tiempos, la única facultad mental cuyo desarrollo preocupaba al maestro, era la memoria; los otros poderes del espíritu permanecían en estado embrionario. La enseñanza no tenía más ideal que la instrucción y transmisión de los conocimientos, y este mismo objeto no lo realizaba sino de una manera en extremo deficiente, puesto que los escasos y muchas veces inútiles conocimientos que se depositaban en el cerebro del niño después de duros ejercicios, se borraban frecuentemente sin dejar huellas de su existencia.

En la moderna escuela sucede todo lo contrario. Sin perder de vista la importancia de la instrucción, el maestro se preocupa ante todo de educar las facultades del niño, creando hábitos de observación y vigorizando la naturaleza mental por medio de ejercicios apropiados. La tarea del alumno ha cambiado por lo tanto de una manera radical. Ya no es el agente pasivo, el mero recipiente de las ideas del maestro, sino una fuerza en actividad, que adquiere por sí misma el conocimiento del mundo externo, y busca, bajo una dirección inteligente, los hechos y las leyes que los rigen. El estudio ha dejado de ser un sacrificio, y las tareas escolares, tan fastidiosas en otra época, se han convertido en ejercicios amenos, á los que el alumno se entrega con entusiasmo, sin fatigarse nunca.

La fisonomía de la escuela se ha transformado de tal manera, que si no estuviéramos palpando día á día los resultados de la reforma, nos negaríamos á creer en la realidad del cambio.

Un humorista contemporáneo, con el objeto de dar una idea de las conquistas realizadas por la humanidad durante los últimos años, quiso ver lo que diría Voltaire si pudiera levantarse de su tumba en nuestros días. El gran pensador del siglo XVIII, fruto de una sociedad relativamente atrasada, se espanta ante las grandes maravillas de nuestros días, y á pesar de su talento no puede darse cuenta de los progresos que se han verificado desde su muerte. El mundo ha sufrido transformaciones tan grandes, que por todas partes se le presentan enigmas y misterios abrumadores. Desesperado, concluye al fin por convencerse de que está hablando con locos, y echa de su casa á las personas que les hablan de ferro-carriles y telégrafos eléctricos.

Las conclusiones del articulista pueden en parte aplicarse al progreso realizado en la instrucción pública. — Si un maestro ó un alumno anterior á la reforma fuera trasportado de improviso á los actuales establecimientos de enseñanza, quedaría sorprendido ante la magnitud de la revolución. — Al contemplar la fisonomía alegre de la clase, al notar que los alumnos estudiaban con entusiasmo todos los fenómenos del mundo externo que les eran accesibles, al presenciar los poderosos ejercicios de observación á que espontáneamente se entregaban, vería simplemente misterios, nada más que misterios. De repente, observaría la aparición de lágrimas en el rostro de alguno de los niños. — Si fuera interrogado sobre la causa de esas lágrimas diría: Es un fenómeno que me es en extremo familiar y que se explica sencillamente: el alumno llora porque está cansado de la escuela y quiere regresar á su casa para jugar con sus compañeros. — Y si al viejo maestro se le dijera: "No! Vd. se equivoca, los alumnos lloran porque la clase se vá á concluir y tienen deseos de continuar trabajando: el estudio es para ellos el mayor de los entretenimientos", no podría contenerse y como Voltaire en el artículo á que nos hemos referido creería que estaba hablando con locos rematados de quienes convenia alejarse cuanto antes. ¿Y la palmeta? ¿Y el tradicional calabozo? ¿Y el moralizador bonete? Y la famosa lengua colorada que se colocaba en la boca del alumno? ¿Dónde están todos esos elementos tan útiles de enseñanza, esos fieles compañeros del maestro que sabe imponer su autoridad en la escuela? Hé ahí las preguntas que ocurrirían al viejo maestro. Y cuando se le contestara que esos castigos habían desaparecido, que en las buenas escuelas la más eficaz penitencia consistía en impedir que el alumno presen-

ciara la lección; que cuando el maestro explicaba ó un alumno disertaba, hasta la respiración se detenía en los niños para oír mejor, el viejo espectador mas justamente indignado aun que el coronel Saint John de *Paris en América* ante las revelaciones que hacia el Dr. Lefebre sobre la sociedad norte-americana diria al representante del moderno sistema: "¡Basta ya! respetad estos blancos bigotes! Tengo buen genio, ¡voto á tal! pero nunca consentí se me embromase ni la mitad de lo que vos lo estais haciendo."

Tal es el progreso realizado en la instruccion pública durante los últimos cuatro años. Si en tan corto espacio de tiempo se ha recorrido tanto camino, si la reforma escolar ha producido tan brillantes resultados, apesar de la escasez de los recursos, de lo atrasado de los establecimientos de enseñanza y de las dificultades de todo género, que aparecieron desde los primeros momentos de la reforma ¿qué no sería posible esperar, si el mismo impulso continúa obrando, favorecido en cada generacion por el perfeccionamiento de la naturaleza mental gracias á la ley de herencia? Por eso se ha dicho con razon, que mientras continúen funcionando las actuales escuelas y se mantenga intacto el edificio de la reforma, habrá siempre una esperanza de regeneracion, será posible confiar en el mejoramiento gradual de nuestro pueblo, y en la terminacion de la crisis tremenda que nos agobia. Educar al pueblo es en efecto resolver el problema político de acuerdo con los sentimientos generosos de los buenos ciudadanos. Cuando se penetra en la escuela se percibe la aurora del nuevo dia y el espíritu más pesimista tiene que confesar que allí se encuentra en presencia de la evolucion tranquila que ha de curar la profunda llaga y ha de disipar para siempre los negros nubarrones que hoy oscurecen los horizontes de la patria.

El autor del artículo que antecede pensaba agregarle algunas líneas, pero nos vemos obligados á publicarlo incompleto, tal como está, por no haber llegado á tiempo el nuevo original y no poder demorar la aparicion del periódico.

Interpretando los deseos de nuestro compañero de redaccion, el Dr. Acevedo, insertamos á continuacion algunas de las composiciones escritas en los últimos exámenes por las alumnas de la escuela pública, que con tanto acierto dirige la ilustrada institutriz doña María S. de Munar.

Téngase en cuenta que esas composiciones han sido improvisadas por niñas de corta edad, sobre temas sacados á la suerte, é indicados por los concurrentes en el acto mismo del exámen; téngase en cuenta que han sido escritas al correr de la pluma, en algunos minutos, en medio del ruido que produce una aglomeracion de quinientas personas en un local reducido; y se comprenderá el mérito que encierran y se tendrá una idea de la magnitud de los progresos realizados por nuestros nuevos métodos de enseñanza.

No hay argumentos superiores á los hechos, y los hechos palpables y tangibles que año por año se producen, son la más elocuente demostracion de que la escuela moderna representa por sus métodos, respecto de la antigua, un adelanto tan sorprendente como inmenso.

PABLO DE-MARÍA.

La esperanza

Cual bella flor en medio de los desiertos arenales de las Pampas, cual góndola cruzando gallarda y veloz las cristalinas aguas del lago de Venecia, — la esperanza, esa benéfica savia que alimenta las almas, aparece en medio de un florido jardin.

Ella dá aliento al cansado pasajero; consuela al desgraciado; mitiga el llanto del aflijido. En una palabra, ella le conduce por el sendero de la felicidad.

Cuando desesperado se halla, una hada misteriosa canta á sus oídos notas de una sublime y arrobadora armonía, haciéndole recobrar nuevas fuerzas para seguir su camino.

Si triste y abatido se halla, la esperanza aparecerá á sus ojos cual azulada nube de perfumes; si alegre y risueño, cual vaporosa nubecilla de arbol teñida por los más bellos colores del carmesí.

¡La esperanza! flor arrancada del divino vergel del paraíso, trova de amor, suspiro que la brisa lanza al rozar con su tímido aliento los pétalos de la nacarada azucena, — nos remonta con sus alas á las etéreas regiones de lo sublime y de lo bello. Ella cuando el ángel de la desgracia se cierce sobre nosotros, y el de nuestros jóvenes y felices años remonta su vuelo hácia las alturas, impregna nuestra alma de santa y pura resignacion.

Ella es la madre de la excelsa poesía; ella arranca del corazón de la mujer armonías impregnadas de un encantador é indefinible embeleso.

Sofía Castro.

La caridad

Flor sin perfume, corriente sin murmullo, hoja sin susurro, ardiente verano sin brisa, extenso desierto, tal sería el mundo sin la mujer.

La mujer, ese ángel bajado del cielo, para secar las lágrimas del aflijido, es la que templó las penas del que sufre. Es ella, la que desde el hogar guía á sus hijos por el camino de la virtud, para que más tarde, convertidos en ciudadanos, defiendan á su patria en los momentos de peligro; es ella la que, albergando en su corazón sentimientos nobles, convertida en ángel de caridad, se halla en los campos de batalla, como gloriosa enseña de misericordia, oyendo el estampido del cañón y el postrer lamento de un moribundo que lejos de su familia, sin poder regar sus heridas con las lágrimas de su amante esposa, vé refundidas todas estas manifestaciones de cariño en la hermana de Caridad, que eleva fervorosas preces al Señor, rogando por la salvación de su alma.

Es ella, la que salvando grandes distancias, afrontando toda clase de peligros, se halla donde hay corazones que consolar y lágrimas que enjugar.

Esta sublime mujer se halla alimentada por la caridad, destello divino, benéfico bálsamo, que cicatriza las profundas heridas del corazón humano.

Donde quiera que nazca la luz, donde quiera que el sol alumbré, la humanidad vive, ríe, y por lo tanto llora; pero halla un consuelo en el divino ángel de la caridad, cuyo pasaje por la tierra, nos prueba la existencia de Dios.

Josefa Guerra.

La caridad

Los pájaros en sus mágicos trinos, las flores en sus embriagadores efluvios, el arroyo en su murmurio, la brisa al estampar tembloroso ósculo en las frentes de sus hijas las flores, en una palabra, la naturaleza toda murmura una sublime palabra: amor.

Y cual animado por celestial destello, el hombre, débil pero noble criatura, también repite amor.

La caridad, aromática flor que crece lozana y gallarda en los jardines del alma, se engendra en el amor, en esa inagotable fuente de sentimientos.

Observad á la mujer, ese ángel terrenal, y en su rostro, puro, más puro que la primera gota de rocío que humedeció los pétalos de la nacarada flor, vereis retratados los sentimientos que la animan, vereis la caridad reflejada en su semblante.

Sacrificios, privaciones, todo lo salva la caridad; el amor hácia el prójimo vence todos los obstáculos que se oponen á su tránsito.

El interés no se alberga en su alma noble, la recompensa está en la satisfacción del alma; la recompensa nos espera en la otra vida.

Elvira López.

La monarquía y la república

Las negras brumas de la ignorancia envolviendo las naciones en manto funeral, impiden á los pueblos contemplar el radiante sol de la verdad, haciendo que, dominados por un rey, vivan en la noche del olvido.

Un rey. . . . Un hombre dominando á millones de hombres, sin tener más derechos, más facultades que las que le trasmite su padre al legarle una corona, es todo lo ménos que se pudo pedir de los pueblos, y todo lo más que puede dar la ignorancia.

¡Sarcasmo temible de la suerte!

¡Y que algunos hombres puedan pasar por ésto! . . . ¡y que ellos mismos sean los que coloquen el cetro en la mano que los ha de oprimir! . . . Oh! que triste es vivir cuando un rayo de luz no llega hasta al cerebro humano!

Qué triste es vivir cuando la justicia, herida en el alma, cae expirante en el antro profundo, en el negro abismo, que á las plantas del trono la fatalidad ha abierto para tormento de los hombres.

La libertad, el goce completo de los derechos!... la oliva y el laurel creciendo juntos, regados por una misma mano! la esperanza, deslumbradora estrella, alumbrando el misterioso cielo de nuestro porvenir, todo, en fin, acariciado por la perfumada brisa de la igualdad, constituye la felicidad de los pueblos y la gloria de las naciones.

¿Queréis gozar de esta felicidad, queréis alcanzar la cima del Parnaso? . . . — Pues bien, alzad sobre las ruinas de un trono una naciente República y despues . . . gozad.

María A. Suarez.

La música

Cuando la ciencia no había nacido aún, bogábase en las aguas del misterio: lo sublime se extendía allá en lo alto de la bóveda celeste y acá en el suelo en medio á otras tantas magnificencias del Creador.

Pero cuando la naturaleza despertó, cubrióse entónces con el manto de la poesía y la verdad, y cuando aquella y la imaginación diéronse las manos con la ciencia, lo que hasta entonces había sido una ilusión se convirtió en realidad, el hombre habló y las aguas contestaron al son de una dulce y elocuente armonía, arrancada del laud de una madre.

Armonía repite el canto de los pájaros, armonía el trovador que se inspira en la naturaleza, armonía el llanto del niño que se mece en la cuna á los arrulladores cánticos maternos.

Todo armonía repite en nuestros oídos, todo luz, todo verdad.

Desaparecen las borrascas de la vida para dar lugar á las leves ondulaciones de la verdadera felicidad, y la felicidad solo es alimentada con las notas arrancadas del arpa de una madre; todo es música, todas notas del corazón, pero todo es la vida, y la vida es un sueño. . . y los sueños sueños son.

Elena Chouza.

Apuntes para una revista de fin de año

POR EL DOCTOR DON PABLO DE-MARÍA

Sin pretender escribir un verdadero retrospecto literario, que exigiría un conjunto de datos y de conocimientos de que no estamos actualmente en posesion, queremos, en los albores del año que nace, dirigir una mirada hacia el que ya no existe, agrupando en estas líneas algunos de los recuerdos que nos deja en materia de progreso intelectual y de movimiento literario y científico.

Un año que pasa es un bien que se pierde, si ese año no deja al hundirse en la noche de los tiempos, alguna conquista, algun adelanto, algun gérmen que represente siquiera una esperanza.

El tiempo es un poderoso factor en las combinaciones sociales, y el malgastarlo ó esterilizarlo, es derrochar un capital, es disipar una fuerza, que, una vez perdida, no puede ya jamas recuperarse.

Es lógico, pues, que cuando los hombres ó los pueblos cumplen un año más, se pregunten: ¿qué hemos hecho? ¿qué hemos aprendido? ¿cuáles son las obras útiles y cuáles son los esfuerzos generosos en que hemos empleado el tiempo, esa *tela de que está hecha la vida*, segun la expresion del venerable Franklin?

Dichosos aquéllos á quienes es dado contestar satisfactoriamente á estas preguntas!

Nosotros no podemos señalar grandes progresos en la esfera de accion del pensamiento uruguayo. No es posible que sean fecundos en este sentido los tiempos presentes. Somos un pueblo joven, lleno de elementos de prosperidad, pero estamos trabajados por múltiples causas de malestar y de tristeza; estamos abatidos bajo el peso de grandes desgracias.

Todo se combina, todo es armónico en el complicado mecanismo de la vida social. La prosperidad es expansiva, y su influencia se extiende á todas las esferas de la humana actividad. La desgracia tiene igual trascendencia: cuando reina, sus efectos se sienten en todos los ánimos.

No se pida inspiraciones á la mente, ni vuelos atrevidos al ingenio, cuando la tranquilidad no existe en los espíritus.

Si las instituciones libres son, no una realidad, sino una esperanza que se aleja siempre como una fantástica sombra, y que jamás es posible alcanzar; si la confianza no existe, la confianza, que es para el desenvolvimiento económico de los pueblos, lo que el aire y la luz para la vida del mundo orgánico; si la riqueza languidece y el medio de llenar las primordiales necesidades de la vida llega á ser para la generalidad de los ciudadanos un arduo problema y una preocupacion diaria, ¿cómo ha de tener estímulo y libertad el pensamiento para vagar sereno por las regiones del arte y de la ciencia?

La paz de los pueblos libres y ricos; el orden, que es vida, movimiento, expansion de todos los intereses legítimos, verdad de todos los derechos del hombre y del pueblo: he ahí las condiciones en que es posible que se desarrolle el verdadero progreso en los dominios de la inteligencia.

La fuerza es impotente para fundarlo. Mata cuanto toca. Es el manzanillo de que nos hablaba Busto en la última de sus composiciones poéticas; el manzanillo á cuya sombra todo se envenena. Es el casco del caballo de Atila, bajo cuya pisada maldita muere la yerba para no volver jamás á engalanar el suelo con sus frescos colores de esperanza!

Por eso, para nosotros, como ya hemos tenido ocasion de decirlo, el afianzamiento de la libertad es el más alto de los intereses sociales, y cuando ese supremo interes no está satisfecho, todo lo demás es lánguido y ficticio. La personalidad humana es el agente de todos los adelantos. Destruirla ó rebajarla, es cegar la fuente del progreso; es matar el efecto anulando la causa.

Es ésta una verdad trivial, y sin embargo, ¿cuántas veces es desconocida!

“La propiedad más sagrada que hay en el mundo, — dice un escritor, — es seguramente la propiedad de su persona. — De qué sirve, en efecto, cualquier otra propiedad, cuando entre ella y nosotros existe el espesor de una muralla? Y sin embargo, aquella propiedad es en ciertos países la menos respetada. Que se quite á un hombre cualquiera, al primero ó al último venido, un pedazo de tierra, ó un lienzo de pared, y en el acto el suelo temblará y la piedra misma protestará contra ese atentado á la religion del dinero. Pero que en virtud de un indicio, ó ménos que un in-

dicio, en virtud de una sospecha, álguien sea arrastrado á un calabozo y permanezca indefinidamente en él hasta que la justicia tenga tiempo de hacer constar su error, y nadie reclamará, como si se pusiese *lo mio* por encima de *mí mismo*, que me parece, sin embargo, tiene y debe tener más alto valor.”

Fuera del régimen de las instituciones libres, puede haber progresos materiales; el cesarismo ha hecho de ellos muchas veces el medio de deslumbrar á las muchedumbres y hacerles olvidar sus derechos hollados y sus esperanzas perdidas; pero no son, no, los progresos materiales, los que constituyen el criterio con que se aprecia la felicidad de los pueblos y su puesto en la escala de la civilizacion.

Pero nos alejamos del objeto de estas líneas. Tratemos de volver á él, despues de consignar una reflexion.

En medio de un país de espléndida hermosura, lleno de atractivos y de encantos, en cuyo suelo ha derramado sus magníficos dones el paciente trabajo del hombre y la pródiga fecundidad de al naturaleza; bajo un cielo límpido y cerúleo, que invita al espíritu á expandirse y volar por sus espacios, puede estar la inspiracion altargada, puede languidecer el pensamiento como una lámpara cuya luz temblorosa se va apagando por instantes, si el pueblo que allí vive es desgraciado y lleva en su seno un cáncer que lo corroe. Entretanto, en medio de un país brumoso y frio, sin auroras brillantes ni brisas perfumadas, donde la vista descubre, no llanuras risueñas esmaltadas de flores, sino altas y severas paredes ennegrecidas por el humo de las fábricas; donde el oido escucha, no gorgoros de juguetonas aves, sino ruido de martillos y de máquinas, puede desplegar alas potentes la humana inteligencia, si hay allí un pueblo feliz, dueño de sí mismo, que respira abundancia y libertad.

Esta observacion nos conduce, por la asociacion de las ideas, á decir algo sobre una cuestion muy debatida. Se pretende que la industria es prosaica por naturaleza, y que su reino en este siglo esencialmente práctico, importa la muerte del de la poesía.

Pero ¿es cierto esto? ¿Es cierto que puede exclamarse con La Bruyere: “Todo está dicho; se llega demasiado tarde”? ¿Es cierto que la poesía está ya condenada á no ser más que una eterna plagaria del pasado y á no alcanzar el mérito de la originalidad? ¿Es cierto que la poesía es actualmente “una cuerda fatigada que no produce más que lánguidos ecos de viejas melodías”?

Antes de ahora hemos respondido á estas preguntas, diciendo

como Armando de Portmartin, que para que la poesía pudiese pe-
recer, tendría que dejar de latir el corazón humano é interrumpir-
se de repente el diálogo perpetuo entre el alma y la naturaleza. —
La poesía, hemos dicho, es inmortal, porque responde á una ne-
cesidad ingénita del espíritu humano; y es útil y benéfica porque
representa el sublime vehículo que esparce por el mundo la simien-
te de las grandes verdades y el ejemplo de los grandes hechos, lle-
vándolos de pueblo en pueblo y de edad en edad, perpetuándolos
en la memoria pública y levantando para ellos un altar, no sólo
en el cerebro del hombre pensador, sino también en el tierno co-
razón de la mujer y en el alma candorosa y sencilla del niño.

El poema épico se alimentaba de lo fantástico y lo maravilloso,
y lo fantástico y lo maravilloso no exaltan ya la imaginación de
los pueblos modernos, como ántes exaltaban la de los griegos y
los indios. — Ya no hay Homeros que canten *Iliadas*, porque ya
no hay dioses inmortales que hagan de esta pobre tierra, grano
de polvo que flota en la inmensidad de los espacios, el teatro de
sus obras. Ahora todo es natural y positivo: la ciencia explica
sencillamente los fenómenos que ántes aparecían como milagros.
— Pero ¿quiere decir esto que ya no hay poesía? ¿Quiere decir
que ya no hay un mundo moral donde brillan los ideales como
brillan las estrellas en el cielo? No; — si Vulcano no forja ra-
yos, los forja el físico en sus baterías eléctricas y presta así, al
pensamiento humano, glorias é inspiraciones, para que las cante
en su lira. Hércules no remueve ya las montañas para abrir in-
mensos lechos á los mares; pero las arroja á los aires en fragmen-
tos un simple puñado de dinamita, para dar paso á la locomo-
tora y abrir nuevas arterias, nuevos cauces, á la corriente uni-
versal de comercio, que liga á los pueblos entre sí y convierte en
hecho la idea de la fraternidad.

¿Dónde puede haber más poesía que en la concepción del mun-
do sideral que nos presenta Flammarion, el astrónomo-poeta, en
sus brillantes obras? ¿Cómo puede decirse que hoy es prosáico
el mundo?

El bien, la virtud, la justicia, la libertad, existen siempre, y
mientras existan, el espíritu humano tendrá un foco donde buscar
claridades y una fuente inextinguible donde beber inspiración!

El ideal flamea y flameará como una antorcha, mientras haya
pensamiento, y la imaginación puede sacar de él perpetuamente
inspiraciones brillantes y sublimes con que embellecer todas las

manifestaciones de la vida y cantar á las almas arrobadas, así las
armonías de la creación, como las maravillas de la ciencia.

Sobre todo, Becquer tenía razón cuando decía:

Mientras haya unos ojos que retraten
Los ojos que los miran;
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;
Mientras sentirse puedan en un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
Habrá poesía!

Pero, pongamos punto á estas divagaciones, y ocupémonos del
pequeño balance de fin de año que nos hemos propuesto formular.

El año que ha pasado no deja establecidas nuevas asociaciones
científicas y literarias; pero deja las mismas que existían en el
anterior, y las deja consolidadas y extendidas en sus elementos de
vida y de acción. El Ateneo del Uruguay, la Sociedad de Ciencias
y Artes, la Sociedad Universitaria, son organismos robustos que
crecen gradualmente; son centros que progresan. Lo mismo pue-
de decirse de otras sociedades, que sin ser esencialmente cien-
tífico-literarias, son elementos de adelanto intelectual y contribu-
yen poderosamente, bajo diversas formas, á la cultura pública,
como la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular*, la
Asociación Rural del Uruguay, la *Liga Industrial*, la *Liga
Lombarda*, la sociedad *La Lira*, el *Centro Gallego*, la sociedad
Laurac-Bat y otras.

¿Será un mal el hecho de que no aumente en Montevideo el nú-
mero de las asociaciones científico-literarias?

Creemos que nó. Las necesidades de nuestra sociedad no re-
claman la creación de nuevos centros, sino, más bien, la unión y
el desarrollo de los existentes. Debemos tender á unificar y reu-
nir, y nó á dispersar y dividir los esfuerzos. La confederación
que dió por resultado el nacimiento del Ateneo del Uruguay fué
un gran progreso, y es la idea de esa confederación la que debe
presidir los trabajos de todos los que aman las ciencias y las le-
tras. Dice una gran verdad que jamás debe olvidarse, el acta
de unión de las sociedades científico-literarias que existían aisladas

antes de formarse por medio de su confederacion el actual Ateneo, cuando establece que la existencia de asociaciones científicas y artísticas no es un fin, sino un medio de propagar en el pueblo el conocimiento de las letras y las artes" y que "la multiplicidad y el aislamiento de las asociaciones, dificulta, en vez de facilitar, la realizacion de aquel alto fin, pues á medida que se subdividen se acercan á la individualidad, que es la impotencia, y se alejan de la fecundidad generadora de la cooperacion, que es la multiplicacion de la fuerza."

Se ha emitido en los diarios la idea de la creacion de un Ateneo Español entre nosotros. Creemos muy noble y muy legítimo que los extranjeros que habitan nuestro país, sin perjuicio de amarlo como lo aman, conserven el culto de la lejana patria y estrechen entre sí los vínculos indisolubles y sagrados que deben unir á los hijos de una misma tierra, sobre todo cuando no es en ella donde viven; pero creemos tambien que las ciencias y las artes no tienen patria, y que en sus dominios, abiertos para todo ser inteligente y libre, no debe flamear otra bandera que la del cosmopolitismo. Nuestro Ateneo se llama *del Uruguay*, porque aquí existe, pero en su seno caben todas las nacionalidades.

Si todos marchamos á un mismo fin; si todos aspiramos á un mismo ideal: la ilustracion del pueblo por el pueblo, el progreso de la inteligencia, la verdad, ¿por qué hemos de dividir nuestros esfuerzos, en vez de aunarlos para hacerlos más fecundos? En el terreno del arte y de la ciencia no hay mas que hombres iguales y hermanos: no hay extranjeros.

En los departamentos de campaña el movimiento intelectual ha tenido elocuentes manifestaciones. La aspiracion al adelanto se siente en todas partes, á despecho de las desgracias públicas. Cuán grande sería el vuelo que esa aspiracion tomaría si, realizándose los sueños del patriotismo, se abriese para el país una era de dicha y de prosperidad!

Las sociedades de carácter literario que, segun los datos deficientes que tenemos, existen en campaña, son las siguientes: En San José, el *Centro de Instruccion* y la *Biblioteca Popular*; en el Durazno, el *Club Progreso*; en Paysandú, la *Sociedad Giribaldi*; en Maldonado, la *Biblioteca Popular*; en Minas, el *Club Fraternidad*; en San Carlos, la *Biblioteca Popular*; en

Tacuarembó, la *Sala de lectura*; en la Colonia, la *Biblioteca Popular*; en Canelones, el *Club Guadalupe*; en Independencia, la *Sociedad de Educacion Popular*; en Mercedes, el *Club Progreso*; en el Salto, la *Biblioteca* de la Comision de Instruccion Pública; y en Soriano, el *Club Union*.

El movimiento, como se ve, está iniciado, y no es fácil que sea detenido por más que haya causas de malestar y retroceso. Las pequeñas agrupaciones humanas que en medio de sus tribulaciones manifiestan así sus aspiraciones al progreso, sus gérmenes de desenvolvimiento intelectual, luchando por seguir la corriente civilizadora que eleva y engrandece á las sociedades en toda la redondez del universo, no son pueblos incapaces de tener en sus manos la direccion de su destinos y de ocupar un puesto en la gran familia de las nacionalidades.

En el año que acaba de terminar, ha celebrado el Ateneo, además de sus conferencias ordinarias sobre diversas materias científicas, tres reuniones literarias públicas: una en Agosto, otra en Octubre y otra en Diciembre, y una gran conferencia literario-musical, que tuvo lugar en el teatro de San Felipe el 5 de Setiembre, en festejo del 5.º aniversario de la fundacion del Ateneo, y del 13.º de la fundacion del Club Universitario.

Las veladas literario-musicales son fiestas que han entrado ya, desde hace tiempo, en las costumbres de la sociedad de Montevideo. La asistencia de familias á ellas, así lo prueba. El Ateneo ha resuelto celebrar cada mes una de esas veladas, aumentando así su prestigio y fomentando el gusto por las letras.

Ha organizado concursos literarios y científicos, que, como lo indican las bases que figuran en la carátula de este periódico, tendrán lugar, uno el 15 de Febrero de 1882 y otro el 5 de Agosto del mismo año. Los temas son los siguientes: 1.º *Raza charrúa, su historia, costumbres, utensilios domésticos y guerreros*;— 2.º *Período de la historia de la República, comprendido entre los años 1800 y 1830*;— 3.º *Animales útiles y dañinos de la República Oriental*;— 4.º *Canto al arte*.

De estos certámenes, en que el Ateneo, movido por deseos patrióticos, discernirá premios á los que salgan vencedores, puede resultar la publicacion de obras importantes para el país, que vendrán á llenar un vacío y á estimular á nuestras inteligencias á dedicarse á trabajos análogos.

Ha organizado, además, una serie de conferencias públicas sobre *Derecho Constitucional*, las que, puede decirse, constituirán un completo curso popular de esa importante rama de las ciencias morales y políticas. Nada más provechoso que el predicar la religión de la libertad, enseñándose mutuamente los hombres sus deberes y sus derechos. El Ateneo cuenta ya para la realización metódica y regular de las referidas conferencias, con el concurso de los señores Dr. D. José Pedro Ramírez, Dr. D. Eduardo Brito del Pino, D. Agustín de Vedia, Dr. D. Pedro Bustamante, Dr. D. Carlos M. de Pena, Dr. D. José Sierra y Carranza, Dr. D. Miguel Herrera y Obes, Dr. D. Francisco A. Berra, Dr. D. Juan Carlos Blanco, Dr. D. Justino J. de Aréchaga, Dr. D. José Roman Mendoza, Dr. D. Duvimioso Terra, Dr. D. Eduardo Acevedo, Dr. D. Gonzalo Ramírez, Dr. D. Prudencio Vázquez y Vega, Dr. D. Julio Herrera y Obes, Dr. D. Luis Melian Lafinur, D. José G. Busto y el que estas líneas escribe.

En el año de 1881 ha celebrado la *Sociedad Universitaria* dos conferencias literarias: una en su propio local y otra en el Teatro de Solís, en honor de la memoria de José Pedro Varela. La asociación *Liga Industrial* celebró hace poco en el mismo teatro de Solís otra conferencia, con el objeto de aumentar los fondos necesarios para sufragar los gastos que demandará la sección Uruguaya en la Exposición Continental que debe celebrarse en Buenos Aires.

La fiesta organizada por la *Liga Industrial* nos ofreció la oportunidad de oír al Dr. Zorrilla de San Martín, recitar magistralmente, como él sólo sabe hacerlo, su gran *Leyenda Patria*. Fué aquel un acto conmovedor en que los ojos de los ciudadanos que saben lo que son los nobles sentimientos, se vieron humedecidos por las lágrimas, — por las lágrimas del entusiasmo patrio! — Zorrilla de San Martín es el primero de los poetas orientales, y en la declamación en lengua castellana, nadie le ha sobrepujado entre nosotros, ni aún la generalidad de los artistas que hemos solido aplaudir en nuestros teatros.

Durante el año cuyos principales acontecimientos literarios recordamos, han funcionado en el Ateneo las clases públicas de Física, Química, Matemáticas y Geografía.

En la *Sociedad Universitaria* ha habido también cursos de la

mayor parte de los estudios preparatorios. En el año en que entramos, el Ateneo tendrá en actividad todas las cátedras, organizadas en la forma siguiente: *Filosofía*: catedráticos, Dr. D. Prudencio Vázquez y Vega, D. Angel Solla y D. Baltasar Montero Vidaurreta; *Historia*: catedráticos, D. José G. Busto, D. Isidro Revert y D. Marcelino Izcuea Barbat; *Historia Nacional*: catedrático, Dr. D. Carlos María de Pena; *Geografía*: catedráticos, D. José T. Piaggio y D. Carlos Arocena; *Matemáticas*: catedráticos, D. Claudio Williman y D. Juan Monteverde; *Fisiología*: catedrático, Dr. D. Secundino Viñas; *Física*: catedrático, D. Antonio M. Rodríguez; *Química*: catedráticos, D. Federico García y D. Florentino Felippone; *Zoología*: catedrático, D. Pedro Hormaeche; *Botánica*: catedrático, D. Joaquín de Salterain; *Mineralogía y Geología*, catedrático, D. Florencio Michaelson.

Habrán además clases de idiomas frances é inglés, que estarán respectivamente á cargo de D. Ramon Montero Paullier y D. N. Capella.

Pocas obras han sido publicadas entre nosotros en el año 1881; pero podemos señalar las siguientes: *Colección de Poesías*, por el Dr. D. Enrique de Arrascaeta; *Rasgos biográficos de D. Joaquín Suárez*, por D. Isidoro De-María; *Nociones de Higiene é Historia de la República*, por el Dr. D. Francisco A. Berra; *Elementos de Trigonometría*, por D. José T. Piaggio; *Guía práctica racional para la cría de gusanos de seda*, por el Dr. Bertelli y *Glorias Uruguayas* por D. Justo M. Maeso.

Parece que la obra del Dr. Berra sobre historia de la República, obra en que se combate de un modo absoluto las opiniones que hasta ahora habían sido generalmente admitidas entre nosotros respecto de las principales figuras históricas de la revolución oriental, dará lugar á diversas refutaciones.

Se ha anunciado que el Dr. D. Carlos María Ramírez y el Dr. D. Carlos María de Pena se ocupaban de escribir sobre el particular. Si la discusión se produce, será interesante y contribuirá al fomento de los conocimientos de historia nacional, tan descuidados hasta ahora en nuestro país, donde se conocen mejor por la generalidad los hechos históricos de Grecia y de Roma, que los grandes, y puede decirse, modernos acontecimientos sud-americanos que fueron el origen de nuestra nacionalidad.

En el año que es objeto de estos apuntes, no se ha realizado la idea de dotar al Ateneo del Uruguay de un edificio propio, en armonía con sus necesidades crecientes y con su importancia indisputable; pero se han hecho los trabajos fundamentales, los trabajos de iniciativa y de organización, y esto, unido al entusiasmo de que están animadas las personas que forman la Comisión recaudadora del empréstito, hace ver que la idea marcha, y que no pasará el año 82 sin que esté, por lo ménos, colocada la piedra fundamental de la grande obra.

En el mes próximo pasado tuvo lugar en el Teatro de Solís la fiesta del *Arbol de Navidad*, organizada por la iglesia metodista que hace tiempo funciona entre nosotros. Atrajo numerosísima concurrencia. Señalamos el hecho, no por la importancia que pueda tener en sí mismo, sino en vista de su significación moral. Representa un triunfo de la libertad religiosa. Las costumbres liberales de nuestro pueblo se han adelantado á las leyes escritas, y han convertido en un hecho, que jamas podrá destruirse, el gran principio de que cada hombre puede adorar públicamente á Dios según su conciencia.

Durante el año pasado la Biblioteca del Ateneo ha recibido con regularidad 21 diarios de campaña, 22 de la Capital y 16 del extranjero.

Ha obtenido por donación cien volúmenes y cuarenta folletos.

Desde el mes de Julio hasta el de Diciembre han sido llevadas á sus domicilios por los socios del Ateneo y los suscritores de la Biblioteca, 480 obras de ciencia y 115 de literatura, fuera de las que han sido consultadas sin salir de la sala de lectura de la asociación.

Está suscrita la Biblioteca del Ateneo á las siguientes publicaciones:—“Revista de ambos mundos”, “Diario de los economistas”, “Revista científica de Francia y del extranjero”, “Revista política y literaria”, “Boletín de la Sociedad Química de París”, “La Nature” y “La Ilustración Española y Americana”.

Tiene establecido cange con Buenos Aires, respecto del “Boletín del Instituto Geográfico”, de los “Anales de la Sociedad Rural Argentina”, de los “Anales del Círculo Médico Argentino”, de los

“Anales de la Sociedad Científica Argentina”, de la “Nueva Revista de Buenos Aires”, del “Investigador” y de la “Ilustración Argentina”.

De Córdoba recibe por cange “El Pensamiento”, periódico literario; de Barcelona, el “Boletín del Ateneo Barcelonés”, y de París “La América y Europa”, nueva é interesante publicación ilustrada.

Recibe también el “Anuario Bibliográfico”, que publica el Dr. Navarro Viola.

La biblioteca del Ateneo, como se sabe, es pública y está abierta todos los días, para toda persona que quiera utilizarla, desde la una hasta las cuatro de la tarde y desde las siete hasta las nueve de la noche.

Hay suscritores que pagan cincuenta centésimos por mes, y éstos y los socios del Ateneo, tienen el derecho de llevar á sus casas, por un tiempo dado, las obras que desean.

Solo siendo *circulantes* las bibliotecas, como lo es la del Ateneo, pueden responder á sus altos y fecundos fines. De otro modo son capitales esterilizados, instrumentos inactivos, que nada producen y que solo representan un lujo.

La circulación de los libros fuera de las bibliotecas que los poseen, tiene sus inconvenientes, sin duda, pero son mucho más grandes sus ventajas. Para convencerse de ello, basta recordar cuál es el fin á que responden y deben responder las bibliotecas populares y cuáles son los beneficios que están llamadas á derramar en el seno de los pueblos que saben sostenerlas y fomentarlas.

Ya que hablamos de bibliotecas populares, séanos permitido que recordemos, para cerrar estos apuntes, una parte del discurso que sobre la misma materia pronunció hace algunos años en Versalles el gran admirador de las instituciones norte-americanas: Eduardo Laboulaye.

“Sabéis cómo hacen los americanos para despertar entre los negros el deseo de instruirse? Publican diarios para aquellos pobres ignorantes, y hé aquí lo que, según cuentan, pasó entre dos negros de los cuales uno sabía leer y el otro no.

—; Qué miras en ese papel? preguntó el ignorante.

—; Oh! si supieras, respondió el lector, cuán agradable es esto! Hay aquí personas que hablan; se oye con los ojos.

“Para un negro, la definición no era mala; muchos blancos podrían hacerse un honor de ella. Aquel negro, en efecto, ha com-

prendido lo que es un libro. Yo turbaría á muchas gentes si les pidiese la definición de un libro. Se sabe que es una reunion de hojas de papel sobre las que se han impreso caracteres. Pero lo que constituye verdaderamente el libro, no se sabe sino mediante una reflexion. Un libro es una voz que se oye, una voz que os habla; es el pensamiento viviente de una persona separada de nosotros por el espacio ó por el tiempo; es una alma. Los libros agrupados en una biblioteca representarían, si los viésemos con los ojos del espíritu, para nosotros, las grandes inteligencias de todos los países y de todos los siglos que están ahí para hablarnos, para instruirnos y para consolarnos. Eso es, notadlo bien, lo único que dura; los hombres pasan y los monumentos se derrumban. Lo que queda, lo que sobrevive es el pensamiento humano. Me han dicho que Moliere ha muerto. No lo creo. ¿Acaso no habla aun bajo la máscara de Alceste? Se pretende que Madama de Sevigné está enterrada desde 1696. No es cierto. Ayer la he oído todavía regañar á su hija. La conozco, como conozco á Coulanges, á Madame de Grignan, á Madame de Lafayette, á Brissy-Rabutin, á Larochefoucauld y á todos sus amigos. Todo ese mundo vive y yo vivo con él.

* Pero, esa amable sociedad está cerrada para quien no lee, mientras que el mundo de las almas bellas está abierto para el que sabe leer. Es ese mundo el que queremos abrir á los ignorantes. Soñad que trabajamos con todas las fuerzas de las generaciones pasadas. Es porque nuestros antecesores han desecado los pantanos, arreglado la caída de las aguas, construido ciudades empedrado calles, que nos es permitido vivir de una manera distinta de la de los salvajes. Es gracias al capital acumulado por nuestros padres que resistimos al hambre y al frio. Del mismo modo, hay un capital intelectual enorme á la disposición de los que saben leer. Es ese capital, con el que es preciso se enriquezcan todos, el que queremos poner al alcance de todos.

* El que sabe leer tiene más que un rey, una corte de amigos fieles que le rodean y le sirven. Pero, no todo el mundo puede tener libros. Aunque no sean caros, desde que uno los ama, ve pronto el fondo de su bolsa. Quien ha bebido, beberá, dice con razon el proverbio. — Se puede decir con no ménos verdad: — Quien ha leído, leerá. — Pero ¿cuál es la bolsa que resistirá á esa sed de lectura? Se compran cien volúmenes, pero trescientos, mil! . . . Este problema, tan difícil en apariencia, lo resuelve la

asociacion de la manera mas simple, como resolverá muchos otros problemas. — Suprimir el gasto de la lectura, ó al ménos, hacerlo insignificante, es el objeto de las bibliotecas populares. — El primero que soñó en él fué Franklin. Simple obrero tipógrafo, reunido con doce de sus compañeros, hizo esta observacion: — Si tenemos cada uno un volumen y cada uno lo pone en comun, tendremos doce volúmenes cada uno. Pongamos cien, doscientos, trescientos y tendremos cien, doscientos, trescientos volúmenes á nuestra disposición. Era un beneficio claro y neto, y la biblioteca de Franklin fué fundada. Sabéis lo que ha venido á ser aquella biblioteca establecida por un obrero y doce compañeros? Ha venido á ser la gran biblioteca de Filadelfia, que cuenta en el dia ochocientos mil volúmenes. "

Buckle y Laurent

EXPOSICIÓN ORAL HECHA EN EL AULA DE HISTORIA

POR EL CATEDRÁTICO D. M. IZCUA Y BARBAT

“No hay ciencia de hechos.” Esta verdad axiomática ha sido desconocida durante muchos siglos en el estudio de la historia, y aún hoy mismo la mayor parte de los que se dedican á esa ciencia, creen saberla recopilando un cúmulo de hechos que sólo tienen el mérito de ofuscar la inteligencia é impedir el conocimiento claro del desarrollo de la humanidad.

Buckle y Laurent han tratado de dar á la historia, aunque por distintas vías, un fundamento sólido, explicando los hechos por sus causas productoras, eslabonándolos entre sí, y mostrando que obedecen á leyes generales. En sus manos se ha elevado la historia al rango que le corresponde, se ha hecho una verdadera ciencia.

Comenzaré por hacer una breve exposición del sistema del primero, para ocuparme después de la crítica que ha hecho de él el sabio autor de la *Historia de la Humanidad*.

Para Buckle, la humanidad como la naturaleza física está sometida á leyes fijas y generales, que se cumplen inevitablemente en períodos más ó menos largos de tiempo y por sociedades más ó menos numerosas; á medida que se desciende de la humanidad á las sociedades, de éstas á las familias y de éstas á los individuos, ofrecen estas leyes ménos y ménos regularidad y casi desaparecen cuando en vez de largos períodos se consideran sólo los años, los meses, los días ó los minutos.

Así como las grandes leyes de la naturaleza física tienen á su alrededor leyes secundarias que ora contrarian, ora favorecen su desarrollo, así las leyes generales de la humanidad tienen sus leyes inferiores que lejos de destruir su influencia la confirman; y estos dos órdenes de leyes generales, físicas las unas, morales las otras, deben sintetizarse en una ley universal que abrace todos los seres del universo.

El desarrollo de la humanidad está pues sometido á dos grandes influencias; influencia de la naturaleza sobre el hombre é influencia del hombre sobre aquella; en aquellas sociedades donde predomina la primera, el progreso es estrecho, solo donde predomina la segunda, se realiza el progreso indefinido.

Para probar que las acciones del hombre y el desarrollo de una sociedad están sometidas á leyes generales, Buckle con la estadística en la mano nos presenta varios ejemplos elegidos entre aquellos hechos que parecen más arbitrarios y más irregulares, como el asesinato, el suicidio, los casamientos, los nacimientos, el olvido, etc.

Nada hay en apariencia más irregular, que esté sujeta á mil y una contingencias que el asesinato; sin embargo, tomados largos períodos de un estado social determinado, se vé que se reproduce el mismo número y en general hasta los mismos instrumentos con que se comete ese crimen; el suicidio parece aún más arbitrario y ménos sujeta á leyes, pues es un hecho completamente individual, donde no interviene más que la voluntad de un solo agente, que la sociedad no puede impedir ántes de cometerse, por hacerse generalmente en el misterio y sin embargo, se ha visto en Lóndres que el número de los que se suicidan año por año, varía entre 213 el minimum y 266 el maximum, en el intervalo de 1846 á 1849, pequeñas variaciones que se deben á la interposicion de esas leyes sociales de segundo órden de que hemos hablado más arriba. Un hecho curioso que se ha observado entre los correos de Lóndres y Paris, muestra que hasta las acciones que parecen más casuales y más insignificantes, responden á leyes generales; se ha observado entre esos dos correos que el número de cartas que anualmente tienen que devolverse de Paris á Lóndres y de éste á aquel por falta de direccion, es decir, por el olvido de los que escriben, es casi el mismo; de modo que se puede predecir con una exactitud muy aproximada, el número de personas en quienes la memoria faltará para poner direccion á las cartas que escriben.

Entremos ahora á indagar la influencia que la naturaleza física produce sobre el hombre. Cuatro son, segun Buckle, las causas principales de la naturaleza á las cuales pueden reducirse todas las que influyen en el desarrollo de las sociedades; y son: *clima, alimentos, suelo y aspectos generales del mundo físico*.

El primero y más importante efecto del clima, alimentos y suelo en la organizacion de las sociedades, es la acumulacion de rique-

zas, necesidad primera satisfecha siquiera rudimentariamente por aquellas causas y que originan despues combinaciones de la inteligencia para ensanchar y agrandar ese caudal primero de riquezas y bienes físicos, sin los cuales la inteligencia no prospera ni se cultiva, pues las sociedades, como el hombre, no teniendo qué comer, no pueden dedicarse á trabajos intelectuales.

* Así es, dice Buckle, que de todos los adelantos sociales, el primero debe ser la acumulacion de riqueza; porque sin ella no puede haber gusto ni tiempo para la *adquisicion de conocimientos, de lo que depende el progreso de la civilizacion*. Esto sentado, es evidente que en un pueblo completamente ignorante, la rapidez con que se forma la riqueza, depende exclusivamente de la fertilidad del suelo virgen, aún no mejorado por el hombre en ese estado social, á causa de su completa carencia de saber y de experiencia. En un período más avanzado y cuando la riqueza ha sido capitalizada, otras causas aparecerán en la escena; pero hasta que esto ocurra, el progreso depende solo de dos circunstancias; primera: de la energía y regularidad del trabajo, y segunda: de las cosechas devueltas por el suelo y debidas á su fertilidad; y estas dos causas son el efecto de antecedentes puramente físicos. Las cosechas dependen de la feracidad del suelo, y esta depende, en parte, de la naturaleza geológica de aquel, en parte de los rios y otras causas naturales que lo riegan, y en parte tambien del calor y humedad de la atmósfera. Por otra parte, la energía y regularidad del trabajo, depende solamente del clima; éste ejercerá su accion por dos distintas vías; la primera es que si el calor es muy intenso, los hombres estarán indispuestos y serán en cierto sentido incapaces para aquella industria activa, que en un clima más dulce habrian ejercido. La otra consideracion es que el clima no solo enerva ó vigoriza las fuerzas del trabajador, sino que influye en la regularidad de sus hábitos; en efecto, ningun pueblo habitando en la latitud norte posee esa activa industria de los pueblos templados, y la razon es muy clara cuando recordamos que la severidad del invierno y la falta de luz algunas veces, hacen imposible para el pueblo el trabajo continuo, de lo que resulta que las clases trabajadoras, siendo obligadas á cesar en sus quehaceres ordinarios, contraen hábitos de inconstancia é irregularidad, y como el trabajo se interrumpe con frecuencia, no les deja formar ese carácter firme y laborioso que necesitan; por eso el carácter inestable, caprichoso y anárquico de España, se encuentra en la Suecia.

La riqueza es, pues, el primer paso dado por las sociedades y debido solamente en su origen á esas tres grandes causas físicas, aunque en un estado más adelantado otras influyan tambien. En Asia, la cuna de la civilizacion, ha estado en los pueblos cuyo clima, suelo y alimentos han sido favorables á la acumulacion de riquezas, mientras que el resto han quedado en un estado salvaje, debido á la esterilidad de sus estepas, al rigor de su clima y escasez de los alimentos y sólo se han civilizado y rápidamente al poner su planta en las otras regiones favorecidas por la naturaleza; ejemplo de los primeros son los pueblos que habitan las costas del Este, Sud y Oeste del Asia, y de los segundos los mongoles tártaros y árabes.

Lo mismo ha sucedido en Africa donde por todas partes ha reinado la barbarie más completa, refugiándose la civilizacion en un solo punto y alcanzando á un grado portentoso porque en él es únicamente donde se ha refugiado todo el esplendor de la naturaleza, en Egipto.

En Asia y Africa la fertilidad del suelo es la causa física que ha producido la acumulacion de riquezas; en Europa ha sido el clima que influyendo sobre los hábitos de trabajo los ha hecho industriosos y laboriosos para arrancar por este medio al suelo lo que la naturaleza no le dió y es por esto que la Europa ha superado en civilizacion al Asia y Africa, á pesar de haber sido estas las primeras que entraron por la via del progreso, porque como ya se ha dicho el progreso indefinido, constante, solo se debe á la energía y á la inteligencia del hombre.

En América los dos únicos pueblos que habian adquirido cierto grado de civilizacion eran Méjico y Perú; todo lo demas estaba sumido en completa barbarie. ¿Cuáles son las causas de que ellos solos fueran el asiento del progreso? No pueden ser otras que las mismas que han producido idéntico resultado en Asia y Africa: clima, suelo y alimentos. En efecto: las condiciones necesarias para la fertilidad del suelo, haciendo abstraccion de su constitucion química y geológica, son calor y riego en abundancia; ahora bien: en Norte-América no se encuentran reunidas estas dos condiciones en ninguna parte salvo en Méjico, pues debido á la ley general que el calor se acumula con preferencia en las costas occidentales, falta este agente en las costas orienta'es, mientras que en estas abunda el riego y falta en aquellas, debido á que todos los grandes rios desembocan en el Atlántico y ninguno en el Pacífico; sin embar-

go, en Méjico se encuentra el calor y el suficiente riego ocasionado por la configuracion especial de sus costas, que allegadas las unas á las otras forma casi una península rodeada por los dos océanos; esto le hace tener el fuerte calor de las costas occidentales y la humedad producida por la gran acumulacion de vapores procedentes de la evaporacion continua del agua de los dos océanos; queda, pues, comprobada la ley física concerniente á la acumulacion de las riquezas.

En la América del Sud sucede lo mismo; aunque al norte del ecuador las costas orientales sean más frias que las occidentales al sud sucede lo contrario, las occidentales son más frias que las orientales debido á causas que se ignoran; si á eso se añade que la abundancia de riego solo se encuentra en la parte oriental porque allí tienen su curso todos los grandes rios, se tendrá que los dos agentes reunidos en la parte oriental al sud del ecuador, han producido una gran fertilidad del suelo como lo prueban el Brasil y nuestra república, asombro de los viajeros y naturalistas.

¿Y cómo se explica que esa gran ley física que ha obrado en Asia, Africa y Norte-América no se haya realizado en la parte oriental de nuestro continente, donde reinaban el salvajismo y la barbarie más acabada, mientras que la civilizacion se habia refugiado en la costa occidental, en el Perú? Vamos á ver que la escepcion confirma la ley y que si las grandes leyes físicas no se han cumplido en el Brasil y Uruguay es debido á leyes secundarias que han contrariado y modificado las primeras, mientras que estas mismas leyes secundarias han dado al Perú lo que le faltaba para tener el riego y calor necesarios á la fertilidad del suelo.

En efecto, la exuberancia de vida se ha acumulado en el Brasil; sus tupidas y prolongadas selvas, con árboles de sin rival belleza producen alimentos y frutos con pródiga profusion; pájaros vestidos con las plumas más delicadas, y en inmensa cantidad tienen allí su morada; los troncos se ven abrazados por plantas rastreras que por su apiñamiento parecen mullida alfombra que cubre el suelo, mientras sirven de ramada para una multitud innumerable de insectos que se esconden en ellas; reptiles de todas variedades se arrastran sigilosa y ocultamente por entre tan tupidos matorrales; serpientes, jabalíes, lagartos, animales feroces de todas clases han salido de ese inmenso laboratorio de seres vivos y pueblan el resto de ese país de maravillas. Entre tanta pompa y esplendor de

la naturaleza, no hay lugar para el hombre; agobiado por tal magnificencia se considera débil para luchar con tanta grandeza; las fuerzas formidables que lo rodean por todas partes lo han reducido á la impotencia, y hete ahí porque ese paraíso terrenal solo tiene salvajes por hombres, tribus errantes y bárbaras por sociedad, la más crasa ignorancia por civilizacion; y no es extraño que los indígenas faltos de máquinas y artes para vencer los obstáculos que impedian el progreso y desarrollo de sus fuerzas físicas é intelectuales hayan quedado en el salvajismo; tales impedimentos eran impotentes para vencerlos ellos abandonados á sí solos y lo prueba el hecho que los europeos con toda su civilizacion apenas han podido poblar y hacer progresar una banda de tierra que toca al océano, no habiendo aún penetrado la civilizacion en todo el resto que permanece en el mismo estado que en tiempo de la conquista.

Por el contrario el Perú, que aunque falto de rios que le den el riego necesario á su suelo, tiene la humedad que necesita transportada por los vientos alisios que al atravesar el Atlántico se impregnan con sus vapores para llevarlos á depositar en los países que atraviesa, lo que ha hecho que en su suelo se produzcan con una rara abundancia el maíz, papas y bananas.

Las civilizaciones, pues, de Méjico y Perú, análogas á las de Egipto é India, han sido producidas por las mismas leyes y su aislamiento y falta de proselitismo se explican tambien en los cuatro países por las mismas causas; ausencia completa de espíritu democrático; un despotismo enervante en las clases superiores y la más completa esclavitud en el pueblo, todo lo que se explica debido á que si en esos países la produccion de la riqueza ha sido abundante su distribución debida á idénticas leyes físicas ha sido desigual y las clases inferiores sin medios para vencer los agentes naturales han continuado en absoluta dependencia de las superiores poseedoras exclusivas de las riquezas y por ahí de la ciencia y la religion.

(Continuará).

Fanciulla, che cosa è Dio?

(DE ALEARDO ALEARDI)

TRADUCCION DEL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Así que á titilar el firmamento
En la noche comienza, el fulgor sigo
De sus átomos de oro en movimiento,
De sus puntos de plata. "¡Oh luces bellas!
Tened: qué es Dios?" les digo.
— Es "Orden" — me responden las estrellas.

Cuando en estío, el valle, el monte, el prado,
Las márgenes del río, dan abrigo
Á las flores que el campo han esmaltado,
Absorto en sus bellísimos colores,
"Hablad: qué es Dios?" les digo.
— Es "Belleza" — respóndenme las flores.

Cuando en mí tu mirar casto rutila
Con la dulzura que en tu faz bendigo,
Consultando la luz de tu pupila,
Del corazón eximia mensajera,
"Qué es Dios, sabes?" la digo.
— Es "Amor" — me responde placentera.

Leyenda india

POR D. MANUEL HERRERO Y ESPINOSA

(Leída en la velada literaria celebrada en el Ateneo del Uruguay el
7 de Diciembre)

Allá del Gange en la remota orilla
Vive un anciano,
Que la vida toda ante Dios humilla
Por alcanzar el porvenir humano.

Es un espectro. Triste y macilento
Pasa la vida,
Buscando oír en el rumor del viento
De su triple Brahma la voz querida.

Descifra los misterios del espacio
Leyendo en las estrellas;
Jamás pasó la puerta de un palacio,
Ni mendigó favores de las bellas.

Le bastan de su Gánges los rumores,
Le bastan sus plegarias,
Y las aves y las flores
Acompañan sus noches solitarias.

En una tarde soñolienta y triste,
De sombras llena,

Cuando tenaz la luz lucha y se resiste
Y el alma siente misteriosa pena;
Un apuesto doncel llegó al anciano

Y le habló así:

• La dicha voy buscando y no es en vano
Que vengo á tí,
Que dicen por el monte y la llanura
Que tú quitas la agena desventura.

• Yo he rezado á mi Dios en los altares
Y he vagado del Ganges en la orilla;
Yo cuento mi pesar en mis cantares
Y mi llanto humedece mi mejilla,
Y la dicha que busto desde niño
Huye y se aleja,
Y en el santo refugio del cariño
Pesares deja.

• Si tú curas la pena y el quebranto,
Remedia mis males y seca el llanto.”

III

De los dos las miradas se encontraron
Como dos hilos de la luz del cielo;
Las almas á los ojos se asomaron
Para entregar ó demandar consuelo.

Inmóvil y callado y pensativo
Largo tiempo quedóse el grave anciano;
Rompió más tarde su silencio esquivo
Y así explicóle el porvenir humano:

• Año tras año el vendabal sombrío
Las hojas arrebatada por el suelo,
Hechas polvo las lleva al ancho río,
Las bebe la corriente con anhelo,

Y corren con las olas confundidas

Fecundando las plácidas riberas,
Y nuevas hojas al placer nacidas
Anuncian las alegres primaveras.

Año tras año el sentimiento humano
Un afecto abandona en su camino
Y otro afecto remueva más lozano
Que alimenta su fe de peregrino.

Que quiso nuestro Dios de las alturas
Cuando puso en la tierra nuestra suerte,
Encubrir con las mismas vestiduras
Al genio de la vida y de la muerte.

Por eso en el abismo de la tumba
Arraiga el árbol que la tierra adorna
Y si el templo de Siva se derrumba
A construirlo el indiano lo retorna.’

IV

En tanto que el anciano platicaba
La luna se elevaba,
Soberbia, magestuosa,
Iluminando con su luz radiosa
La cerviz de los montes altanera.
Las estrellas dispersas por la esfera
Temblaban al mirarse sobre el río,
Como tiembla la flor en la pradera
Al besarla la gota de rocío.

A lo léjos el áspero Himalaya,
Con sus eternas nieves coronado,
Levanta cual fortísima atalaya
Sus moles de granito.
Ejército infinito
De miriadas de insectos luminosos,
Pululan por las lóbregas tinieblas;
Los ecos de la noche misteriosos

Sobre el Ganges se pierden en las nieblas,
Giron flotante de argentada espuma,
Opaca bruma
Que recubre la margen placentera,
Donde crecen unidas y arrogantes
Las magnolias fragantes
Y la estival palmera.

V

En la noche tan sólo se levantan
Del anciano las quejas lastimeras,
Más tristes que el acento con que cantan
Las dolientes y pobres bayaderas;

Y señalando al cielo con segura mano
Grave y pausado continuó el anciano:

* Tras ese manto que el espacio oculta,
Donde viven espíritus sin cuento,
De la dicha el secreto se sepulta
Y lo ignora el humano pensamiento.

* Es feliz el que vive sin ensueños
En cosas de la tierra y de la vida,
Y conoce los mundos más risueños
Donde el arcano del pensar anida.

* Feliz, ¡oh joven! si tu vida corre
Grata á los dioses que nos guarda el cielo,
No hay pesar que la oracion no borre,
Ni ruegos hay sin inmortal consuelo.

* Abandona tus penas de la vida
Y hacia Brahma dirige el pensamiento,
Vagarás en un ave bendecida,
Cantarás tu alegría y tu contento."

VI

Miró hacia el Ganges el doliente mozo,
Miró al anciano con mortal sonrisa,
Y su eco dolorido y quejumbroso
Así vagó en la brisa:

" Yo de mis males á la suerte culpo
Y mis sueños y esperanzas abandono,
El daño que me hicieron lo disculpo,
La pena que engendraron la perdono.

" Lloraré con el ave de la selva
El pesar de mi paso por la tierra. . .
¡ Que mi alma vuelva
A do la dicha y el placer se encierra! "

Y así diciendo, arrojóse al rio
Con ademan sereno
Y las aguas con dulce murmurio
Guardáronle en su seno.

Los crespones del ancho firmamento
La luz de las estrellas ocultaron,
Y en las alas recónditas del viento
Perdidos ayes al pasar rodaron.

VII

De entónces sobre el Ganges magestuoso
Cuando la aurora al firmamento abrasa,
Esquife misterioso,
La flor del loto navegando pasa.

Diciembre de 1881.

DEPARTAMENTO DE HOMBRES. -- 1880

ENTRADAS

MENS	DIAGNOSTICO	SALIDA																							
		América																							
...	Mania simple																								

ALTAS

MENS	DIAGNOSTICO DE LA AFECION MENTAL	ENTRADA	SALIDA																								Tiempo de permanencia
			América																								
...	Mania simple	Noviembre 1879																								3 meses	

Imprenta de la casa.

DEFUNCIONES

DEFUNCION	Afeccion somatica	Entrada en enfermeria	Afeccion mental	Entrada al manicomio	SALIDA												Permanencia en el manicomio	Permanencia en el manicomio								
					América																					
...

ENFERMERIA

Fecha de entrada	DIAGNOSTICO DE LA AFECION SOMATICA	Fecha de entrada al Manicomio	Diagnostico de la afeccion mental	Año de Enfermeria	Tiempo de permanencia
Junio 1	Ulceras	Julio 16 de 1879	Melancolia	Junio	11 10 dias
...

FUGADOS

Fecha de fuga	DIAGNOSTICO DE LA AFECION MENTAL	Entrada al Asilo	SALIDA												Tiempo de permanencia	
			América	América												
...														

RESUMEN

Entradas	27 140	Defunciones	7 34
Fugados	17	Reformados	15

Resumen en el día de Diciembre de 1880, 181

SUeltos

Como se sabe, el Ateneo del Uruguay envió á Víctor Hugo el título de socio honorario. Trató así de demostrar que unía su admiración á la del mundo entero ante la gloria del más grande de los poetas de este siglo.

Víctor Hugo ha aceptado el nombramiento, según se desprende de la siguiente carta recibida por la Junta Directiva del Ateneo:

París, Novembre 14 1881.

Messieurs :

Mr. Víctor Hugo accepte volontiers le titre de membre honoraire de votre académie, et il me charge de vous transmettre ses remerciements à ce sujet. Mais, je vous ferai respectueusement remarquer que le poète, déjà attaché à plusieurs centaines d'académies, ne peut contracter aucune obligation envers les sociétés qui l'accueillent.

Agreez l'assurance de mes sentiments respectueux.

Richard Lesilides.

Siguiendo la practica establecida por varias Revistas Europeas, se abrirá desde el próximo número, en este periodico, una seccion destinada á la publicacion de pequeños juicios bibliográficos sobre las obras nuevas, extranjeras ó nacionales, que nos sean enviadas durante el mes, para el efecto.

Las librerías que deseen que nos ocupemos de las obras que ponen en circulación, pueden enviarlas al local del Ateneo, bajo la condicion de que quedarán á beneficio de la Biblioteca.

Los cuadros estadísticos que van á continuacion son los que corresponden á la memoria del Manicomio Nacional que en nuestro número anterior publicamos.

Representan pues "Los Anales" una erogacion extraordinaria, que unida al escaso de material que lleva este número, hace ver el deseo que nos anima de dar el mayor interés posible á esta publicacion, correspondiendo así, á la proteccion que el público nos dispensa.

mil hojas de esmeralda, meciéndose suavemente á impulsos de las auras de la tarde; y si han de dejar el trono en que nacieron, nunca quisiera verlas mortificadas por masculino agravio, cuando sólo se hallan bien destacándose puras y gentiles entre los negros cabellos que ondulan en las sienes de una hermosa, si es que no prefieren descender un tanto, para servir sobre la gasa leve, de punto intermedio entre los

Globos de nacar y nieve
Que sin verse se adivinan,

según dice el poeta peruano con la más ingenua intención por indagar lo desconocido.

A diferencia del teatro de Rio Grande, que tanto sirve para un espectáculo lírico como para circo de caballos, el de Pelotas, en que no se ha buscado esa doble manifestación artística, es un verdadero coliseo.

Mientras que al primero se le estaba arreglando (desarreglando pudiera también decirse) para recibir una compañía ecuestre y acrobática, funcionaba en el segundo una buena compañía dramática portuguesa.

Con pocas simpatías por la familia de los Blondin y Leotard degenerados, y sin inclinaciones á otra gimnasia que no sea la estrictamente higiénica, me contenté en Rio Grande con presenciar de qué modo una platea se convertía en circo mediante unas carradas de arena aprisionadas entre algunas tablas, prescindiendo del espectáculo que no me interesaba, como que tengo la costumbre de no dar dinero por ver un hombre expuesto á romperse el pescuezo.

En el teatro de Pelotas, la compañía del empresario y actor Simoes, hacia la noche que yo asistí, un drama portugués de escaso mérito, pero que en algunas escenas á la manera de Dumas, sirvió para juzgar del mérito de los artistas; de los cuales cuatro por lo ménos me parecieron bastante distinguidos.

El teatro estaba lleno aquella noche, y todo en él me impresionó favorablemente, y eso que recordé allí cómo se lamenta Amicis de lo triste que se siente uno en el teatro de un país extranjero: "se han visto tantas hermosas criaturas y ninguna nos ha dirigido una mirada..." A pesar de la cruel reminiscencia, yo me sentí bien al retirarme, no porque hubiese obtenido miradas, que ésas eran pa-

ra un conocido mio vecino de la luneta, sino porque un sueño que me empezó á invadir desde la petipieza, me señaló como un consuelo los triunfos que me esperaban en la cama del hotel.

Al día siguiente noté en la calle más animación que de costumbre.

Sin saber á qué atribuirlo, procuré cuanto antes salir de la curiosidad. Dos individuos que hablaban con calor, y que al parecer no hacían misterio de su conversación, me brindaron la oportunidad de orientarme sobre el suceso que conmovía por el momento á la sociedad pelotense.

—Te aseguro que ha llegado, decía el uno.

—No creía que viniese tan pronto, replicaba el otro.

—Sí; y piensa demorarse poco: tiene que partir mañana ó pasado para Porto Alegre.

Cada vez más intrigado por mi parte, con aquel diálogo cuyo sentido no entendía, me fui aproximando á los interlocutores.

—Dicen que Gaspar viene muy enojado con la traición de Osorio, le oí á uno de ellos, individuo de pequeña estatura, de ojos vivaces, y de ademán culto, si bien un poco exagerado.

—Pues si Gaspar viene iracundo, ya sabrán lo que es bueno, exclamó el otro.

Para mí, en situación que no fuese aquélla en que me encontraba, oír hablar de Gaspar, habría sido lo mismo que oír hablar de Juan ó Pedro.

Pero el Gaspar aquel debía ser forzosamente algún Gaspar excepcional, según lo mucho que de él se hablaba. Y como desde luego comprendí que los del diálogo, estaban tratando una cuestión política y no un asunto personal, no tuve inconveniente en aproximarme á ellos; y usando de mis inmunidades de extranjero, les pedí explicación sobre el mayor movimiento que notaba en la ciudad, comparado con el del día anterior.

—Es que ha llegado Gaspar, me dijeron.

—Gaspar...! pero con mil diablos, quién es Gaspar? exclamé.

—Es el primer orador del Brasil, el hijo más querido de la Provincia, el espíritu más liberal y el corazón más generoso; el más leal de los amigos, y el ménos rencoroso de los enemigos.

Ante esta salva de elogios, que cobraban á mi presencia más importancia por el tono dogmático del que los profería, y el aire de reproche que le notaba, sin duda por el delito mio de no conocer personas á quienes se les suprime el apellido, comprendí que Gaspar era el nombre de Silveira Martins.